



LUIS L. LEÓN URANGA

Nuestras entrevistas se realizaron en 1965, en su enorme residencia estilo neobarroco, ubicada en el 560 del Paseo de la Reforma, Lomas de Chapultepec. Aunque a don Luis parecía no afectarlo el clima, nos agrupábamos en la esquina de una de las grandes salas, difíciles de calentar en época de frío.

Al entrevistar al ingeniero León teníamos la clara impresión de estar hablando con un hombre práctico, leal de tal manera a sus ideales y a sus jefes, que la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos le dio el nombre de “El Señor de la Lealtad” cuando le otorgó la medalla y el diploma “General Ángel Trías”, por haber sido un franco defensor de los generales Calles y Obregón.

Nos concentrábamos en la conversación y él respondía a nuestras preguntas con la franqueza que lo caracterizaba. Mientras tanto, sin que nos diéramos cuenta, la sala se oscurecía.

El profesor Albert L. Michaels, actualmente catedrático de la State University of New York, participó en la entrevista del 20 de enero de 1965.

Durante 12 años dejamos de comunicarnos con Luis L. León y volvimos a visitarlo en su oficina. Nos recibió con la cortesía que acostumbraba. Lo encontramos rodeado de cajas repletas de documentos y fotografías que trataba de reorganizar. Permanecía lleno de energía, con mente clara y audaz. A los 82 años de edad desempeñaba el cargo de presidente de la Comisión Redactora de los Estatutos y la Plataforma Política de la Séptima Asamblea Nacional del PRI.

En 1977 León revisó detalladamente la transcripción de la entrevista. Disculpó su tardanza en enviárnosla corregida debido al tiempo que le tomó la organización del XLVIII aniversario de la fundación del partido oficial. Para conmemorar el 4 de marzo de 1929, fecha en que surgió el Partido Nacional Revolucionario, reunió a quienes vivían de los 900 delegados fundadores. “El tiempo no perdona y sólo quedan alrededor de 150 delegados, y muchos de ellos ya no pudieron concurrir a la ceremonia por los achaques de la edad, enfermedades, o porque ya no pueden caminar”, nos reveló el ingeniero León en una carta.

LUIS L. LEÓN URANGA

De Chihuahua a la Ciudad de México.—Con los sonorenses.—El Plan de Agua Prieta y el gobierno de Obregón.—El conflicto religioso.—Calles y su ideología.—El problema agrario.—El distanciamiento entre Calles y Cárdenas.—Vida personal entre 1928 y 1934.—Calles y la reforma agraria después de 1930.—Los generales y los políticos.—Industria, comercio y planificación del Estado.—El "Jefe Máximo" y su doctrina.—Doctrinas y tácticas de Calles y Cárdenas.—La ruptura Calles-Cárdenas.—Juzgando acontecimientos y hombres.—Datos personales.—Comentario de Luis L. León sobre la entrevista.

DE CHIHUAHUA A LA CIUDAD DE MÉXICO

14 de enero de 1965
Ciudad de México

James Wilkie (JW):

¿Quisiera contarnos algo acerca de sus primeros años, sus familiares, su padre, su madre? ¿A qué se dedicaban?

Luis L. León (LLL):

Nací en Ciudad Juárez, el 4 de julio del año de 1890. Allí estudié la educación primaria hasta el quinto año, y pasé a estudiar el sexto año de primaria en esta Ciudad de México, en la Escuela Anexa a la Normal.

Mi abuelo materno, José María Uranga, fue el jefe político de Paso del Norte en la época en que estuvo refugiado allí el Benemérito de las Américas, don Benito Juárez. Mi abuelo fue siempre liberal y prestó servicios a la causa liberal. Mi padre, don Marcelo León, fue diputado; era veracruzano y luchó contra la intervención francesa. Por lo demás, en Juárez todos mis antecesores fueron gente nativa de allí, excepto mi padre que era de Veracruz.

JW: ¿Y cómo llegó su padre a Chihuahua?

LLL: Llegó de Comandante del Resguardo a la Aduana de Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, cuando Paso del Norte era muy pequeño; un pueblo sin ferrocarriles y sin camino, aislado en el desierto, frente a El Paso, Texas, que era más pequeño, y entonces se llamaba "Franklin", porque así se llamaba la estación del Ferrocarril Subpacífico.

JW: ¿Cuántos hermanos tuvo?

LLL: Fuimos diez en total. Yo fui el sexto de la familia.

JW: Usted tuvo muchas oportunidades para aprender con sus hermanos mayores que podían enseñarle.

LLL: No, porque mis hermanos mayores murieron. Me crié con mis hermanas, que eran mayores que yo, y tenía un hermano menor, que ya murió.

JW: ¿Qué recuerdos tiene de su niñez? ¿Agradables? ¿Qué hacían?

LLL: Cómo no, desde luego agradables. Fui muy inquieto desde pequeño, y en aquella situación nos criamos muy libremente. En El Paso, Texas, en la década de 1890, conocí un poco la vida del oeste: Había "los salones", y todavía quedaban restos de la ley del revólver. Así, nosotros crecimos medio salvajes, queriendo resolver todos los problemas por la fuerza, queriendo cultivar lo que llamábamos "la hombría". Me civilicé un poco cuando vine a México a estudiar el sexto año de enseñanza primaria, porque aquí ya tuve contacto con otra civilización.

JW: Usted se quedó allá nada más hasta el sexto año.

LLL: Hasta el quinto año. El sexto lo estudié aquí, porque no había sexto año en Juárez, en aquella época.

JW: ¿Qué tal era la escuela allá?

LLL: Era bastante buena. Tuve un profesor, el profesor Leopoldo Rodríguez Calderón, que era veracruzano, normalista de Jalapa, que fue el que empezó a inducirnos con las ideas revolucionarias. Porque él era un hombre inconforme con la dictadura de Porfirio Díaz. Alguna vez que me puso en la dirección a estudiar una recitación, cuando el profesor salió me puse a curiosar entre sus papeles y vi que leía *Regeneración*, la revista prohibida que publicaron los hermanos Flores Magón en San Luis Missouri, que era una revista liberal de protesta contra la dictadura de Porfirio Díaz.

JW: ¿Entendía usted esas cosas en esos años?

LLL: Sí, porque mi familia toda fue antiporfirista. Mi padre había sido juarista y lerdistas.

JW: Entonces usted vivió cinco años de escuela allá en el norte. ¿Aprendió inglés?

LLL: Sabía algo de inglés, porque el año que no pude ir al sexto año, fui al Franklin School en El Paso, tomé algunas lecciones allí y con mi contacto con los muchachos de El Paso tenía facilidad para hablar algo de inglés, cosa que he olvidado mucho por la falta de práctica. Pero sí lo he seguido leyendo y traduciendo.

JW: Usted es casi gringo.

LLL: No, soy mexicano "de acá de este lado" de la frontera, como dice la canción. "De acá de este lado", porque de la otra manera sería texano.

Allí se formaban los hombres en un medio rudo y creo que sí me formó el carácter. Después, siempre fui tenido entre mis compañeros como un joven decidido, de acción.

JW: ¿Cree usted que los nortños sean de más acción?

LLL: Eso era antes, porque entonces habían tenido menos contacto con la civilización y era más acción.

JW: ¿Cuál era la influencia de los Estados Unidos?

LLL: La influencia de los Estados Unidos allí es muy grande, porque desde chico usé cosas americanas y conocí muchas cosas de los americanos que no se conocían acá. En cambio, aquí había una educación más europea en aquel tiempo. Ahora ya hay mucho contacto con la técnica y con la ciencia americana. Entonces nuestro contacto era europeo y aquí los textos eran franceses.

JW: ¿Iba usted a la iglesia? ¿Fue religiosa su familia?

LLL: Mi familia, mi madre y mis hermanas sobre todo, fueron muy religiosas. A mí me llevaron desde pequeño a la iglesia; iba a la iglesia hasta que vine aquí a México. Cuando entré a la Escuela de Agricultura empecé a alejarme un poco de esas cosas, y con mi espíritu liberal —pues no he sido antirreligioso—, ¿cómo diré? ...no soy un hombre que esté dentro de las reglas de la iglesia.

JW: Usted es un liberal en el sentido juarista: la herencia de su familia.

LLL: Sí. A propósito, en mi campaña última dije un discurso en Ciudad Juárez dirigido a las mujeres, porque allí intervenían muchos miembros del clero católico en favor del partido contrincante de nosotros, el PAN, dándoles a entender a las mujeres que se estaban reclutando en el Partido Revolucionario Institucional, que no podían pertenecer a este partido siendo católicas, porque el Partido era enemigo de la Iglesia y atacaba su religión y sus creencias. Les expliqué cómo era el liberalismo nuestro; les di a comprender que debían de dejar de creer en esas amenazas, porque el Partido, lo mismo que la doctrina de la Revolución, es de libertad de conciencia: respeta todas las creencias, respeta todos los credos, y a los ciudadanos les da toda clase de garantías para que crean o profesen la religión que les convenga. Y sí creo que a lo que nos hemos opuesto la mayoría de los revolucionarios —porque por los antecedentes históricos de México ha sido siempre una amenaza para nosotros— es a que las clases conservadoras quieran tomar la religión como una bandera política y la mezclen con la política, aun en las elecciones. Eso quiere decir que respetan la religión menos que nosotros, puesto que la meten en cuestiones de política.

JW: ¿Le habló mucho su padre del liberalismo?

LLL: Mi padre murió cuando yo era muy joven. Pero mis profesores, mis lecturas, la tradición toda de mi familia era liberal, a pesar de que mi madre y mis hermanas y todas las mujeres de la familia fueron muy religiosas.

JW: En muchos casos en México es así.

LLL: Sí; pero mi madre, que era muy religiosa, no era clerical; era creyente exaltada, pero era liberal en el fondo.

JW: Usted tuvo que salir de Chihuahua para continuar con la escuela.

LLL: Vine muy joven aquí a México.

JW: ¿Vino también su familia?

LLL: Vino mi familia para acá. Mi madre, con grandes sacrificios, vendió las propiedades que teníamos y vino para darnos una carrera a mi hermano más pequeño y a mí.

JW: ¿Había muerto su padre?

LLL: Sí, mi padre había muerto; murió cuando yo tenía siete años.

JW: ¿Tenían muchas propiedades allá?

LLL: No, éramos de la clase media.

JW: Al venir aquí, a la ciudad, ¿en qué parte de la ciudad vivieron?

LLL: Vivimos en los barrios de la ciudad antigua; vivimos por Santa María de la Redonda, en varias partes. Fui a la Escuela Anexa a la Normal, donde ahora es una escuela preparatoria, allí, a un lado de Palacio Nacional.

JW: ¿En qué año llegó a la ciudad?

LLL: En 1905. Ese año estudié el sexto año: en 1906 entré a la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, porque entonces no había secundaria, se entraba directamente de primaria. Así es que entré muy joven a la Escuela.

JW: ¿Allí siguió su educación a la europea?

LLL: Había mucha influencia europea; textos franceses. El primer texto americano, es decir en inglés, que nosotros estudiamos, fue el de geología; pero casi todos los textos eran franceses o traducidos del francés. La escuela estaba muy abandonada, la manejaba la Secretaría de Instrucción Pública. Y como el régimen porfiriano se apoyaba en el régimen latifundista de las haciendas —un régimen feudal, de latifundios muy grandes, de una aristocracia de la tierra que controlaba y monopolizaba los terrenos en grandes haciendas y que explotaban más bien a los pobres—, no necesitaban técnicas nuevas, porque la tierra y el trabajo barato de los peones les daba todo; no había porvenir para agrónomos y veterinarios porque, como dije, los latifundios no lo necesitaban. La escuela tenía muy pocos alumnos de agronomía y veterinaria. El porvenir de los agrónomos casi siempre era la burocracia en la Secretaría de Fomento, que así se llamaba en aquella época; había allí muy pocas plazas. Y los veterinarios generalmente eran militares que se dedicaban a cuidar los caballos del ejército.

JW: ¿Su madre tuvo que ver en que usted escogiera esa escuela?

LLL: No; yo la escogí; mi madre quería —para disciplinarme— meterme en el Colegio Militar. Yo no quise ser militar. Escogí la escuela de agricultura, porque a mí siempre me gustó el campo; precisamente por mi contacto con el campo en Chihuahua. Y por fortuna para nosotros, y tal vez para el país, en 1908 un ministro porfirista, Olegario Molina, entró a la Secretaría de Fomento y llamó a Rómulo Escobar (un gran agrónomo, paisano mío, que había fundado la Escuela Particular de Agricultura de Ciudad Juárez), a que reorganizara la Escuela, y él la reorganizó sobre bases nuevas. Entonces

trajo un gran número de alumnos de todas partes de la República dando becas: dos becas por cada gobierno de estado, y dos becas por la federación. Entraron como 400 alumnos, y la Escuela se modernizó y trajo verdaderos hijos del pueblo, no hijos de hacendados. Allí nació la idea revolucionaria y germinaron en nosotros las primeras ideas del agrarismo, puesto que la hacienda no nos daba trabajo. Nosotros aspirábamos a que la pequeña propiedad nos lo pudiera dar; a que la tierra se democratizara, se dividiera, se fraccionara, que se liberara a los peones; porque de esa manera sí sería una agricultura que necesitara técnicos.

JW: Parece que el gobierno de don Porfirio había reconocido la necesidad de un cambio en el campo al querer cambiar el sistema de educación en 1908.

LLL: Era presión de los técnicos mexicanos; de los agrónomos mexicanos. Lo que nos valió fue que Rómulo Escobar tenía una gran influencia sobre Olegario Molina, y le pudo imbuir esas ideas nuevas, porque nuestros profesores ya no eran partidarios del latifundio y comprendían que tendría que venir una transformación en el campo, en la repartición de la propiedad en el campo.

JW: El gobierno de Porfirio Díaz no sabía lo que hacía.

LLL: Probablemente, porque allí educó a los que iban a destruir los latifundios: a nosotros, que íbamos a fraccionar las haciendas.

JW: ¿Tuvo usted conocimiento de la depresión agrícola de 1908?

LLL: Sí, tuve conocimiento por mis profesores, porque eran partidarios de la pequeña propiedad y pregonaban la división de las haciendas.

JW: ¿Cree usted que la depresión de 1908 contribuyó a crear un clima en el campo en donde el fermento revolucionario podría surgir?

LLL: El fermento revolucionario venía de lejos: la inconformidad del pueblo mexicano con aquella eterna dictadura y aquella entronización de los mismos hombres viejos que manejaban los asuntos por rutina; que explotaban al pueblo; que se enriquecían; que estaban de acuerdo con las clases conservadoras, y que no dejaban ningún campo ni puerta abierta para nadie. No se le abría ninguna puerta del porvenir a nadie; el pueblo estaba cansado. Pero probablemente fuera una causa concurrente; es decir, ayudó a aumentar el descontento.

JW: ¿Cuáles fueron las primeras noticias que tuvo de una revolución, o algo en contra de Porfirio Díaz, en 1910?

LLL: Nosotros teníamos de compañeros, entre otros, a dos o tres primos del señor Madero; y teníamos algunos amigos de la familia Madero de Coahuila. Éramos muy inquietos; habíamos simpatizado con el movimiento del general Reyes cuando se creyó que sería capaz de producir una revolución contando con los descontentos del régimen porfirista. Pero cuando surgió

Madero, tuvimos oportunidad de conocerlo y tratarlo, porque Madero, como era hombre de campo, le gustaba pasear a caballo y llegaba a San Jacinto a saludar a sus amigos siendo candidato; allí fue cuando nos presentaron con Madero.

JW: Usted estaba en la Escuela.

LLL: En la Escuela Nacional de Agricultura, en San Jacinto, donde está ahora la Normal. Y allí llegaba Madero en las mañanas a pasear, saludaba a sus paisanos y platicó con nosotros; y en el fondo la Escuela fue maderista.

En 1910 se organizó el Primer Congreso Nacional de Estudiantes con todas las escuelas profesionales de la capital de la República. Fuimos a un congreso que en el fondo ya era un congreso revolucionario, de ataques a la dictadura de Porfirio Díaz, con estudiantes venidos de todas las escuelas. Allí podrá encontrar, en la lista de los miembros de aquel congreso, a casi todos los hombres que después fueron revolucionarios. Por ejemplo, a Castillo Nájera, a Basilio Vadillo, a Aarón Sáenz, a Gustavo Serrano, etc. Desde un principio empezamos a ser hostilizados. Luego, con motivo de un linchamiento que hubo en Rock Springs de un mexicano, hicimos una manifestación antiamericana, y apedreamos en la noche las ventanas de Sanborns. Pero indirectamente le prestamos un servicio a la dictadura, porque los policías secretos que se introdujeron entre nosotros empezaron a conocer a los agitadores maderistas que andaban azuzándonos y dijeron: "éstos no son los estudiantes; a éstos los están empujando". Y empezaron a aprehender a algunos revolucionarios; por eso se precipitó el levantamiento de Aquiles Serdán. Él, en lugar de levantarse el 20 de noviembre, se levantó el día 18, porque empezaron los sabuesos de la dictadura a perseguir a los revolucionarios, y de nosotros apresaron a varios; entre ellos a Aurelio Manrique.

JW: ¿Participaron ustedes en la campaña maderista? ¿Tuvieron algo que ver con el levantamiento de Aquiles Serdán?

LLL: No. Digo que lo provocamos porque el gobierno de don Porfirio se dio cuenta, al aprehender a los agitadores maderistas, diciendo: "Éstos no son los estudiantes; los están azuzando otros". Y era cierto, ser estudiantes e ir a apedrear vidrieras, pues no era nada culto. Además, íbamos a quemar *El Imparcial*. Algunos compañeros nuestros del norte se levantaron con Madero: en el fondo toda la Escuela potencialmente era maderista.

JW: ¿Habían ustedes hecho propaganda por Madero?

LLL: Habíamos sido maderistas todos nosotros; pero no habíamos hecho propaganda por la Revolución: éramos partidarios de la Revolución; pero como estábamos internados estábamos muy controlados. En 1911, ya para terminar la revolución maderista, en abril, hicimos una huelga en la Escuela Nacional de Agricultura que encabezé yo, porque era el presidente de la

Sociedad de Alumnos. Esta huelga tenía como pretexto el plan de estudios que creíamos incompleto; también nos quejábamos de los alimentos que nos proporcionaban; y nos quejábamos de la higiene que había en los dormitorios. En el fondo todos eran pretextos: era una huelga de descontento político, de descontento maderista contra las autoridades de la Escuela; todo lo que hacían ellos nos disgustaba. La huelga culminó con un escándalo: cuando todos estábamos desayunando en el salón comedor, entraron policías que habían rodeado la escuela para aprehender a unos muchachos que andaban gritando: "¡Viva Madero!" Entonces salimos todos, desarmamos a los gendarmes de la montada que habían entrado y luego el director nos congregó en el patio y nos expulsó; y cerraron la Escuela.

Eso era en abril de 1911; un mes antes que cayera Porfirio Díaz. Como toda la opinión era favorable a nosotros, al día siguiente nos mandó llamar el ministro de Fomento, que era lo que es ahora la Secretaría de Agricultura, y nos resolvió todas nuestras peticiones, y volvimos a la Escuela. Pero en la noche —lo que les hará a ustedes comprender la situación de ánimo de nosotros y la excitación revolucionaria que había entre los estudiantes— nos reunimos en el Casino Nacional de Estudiantes para informar del triunfo de nuestra huelga. Hablé e informé; hablaron otros compañeros, donde había reunidos más de 2,000 estudiantes de todas las facultades, y al final habló Enrique Estrada, que después fue general de la Revolución, e hizo un análisis de la situación y nos demostró que la única forma de terminar con la guerra civil y acabar con el derramamiento de sangre era la renuncia de don Porfirio.

Allí mismo se nombró una comisión que fue a pedirle la renuncia, y formé parte de esa comisión. Claro que entramos al Palacio Nacional: hablamos con el secretario particular y le entregamos el pliego de peticiones. Enfrente del Palacio estaban formados como 2,000 estudiantes esperándonos. Así es que íbamos casi seguros de que no nos iban a hacer nada.

JW: ¿Logró hablar con don Porfirio?

LLL: No; con el secretario, quien nos recibió secamente y nos dijo que daría cuenta de nuestra petición al señor presidente de la República, y que nos podíamos ir.

JW: ¿Podríamos hablar un poco de este ambiente? Usted, como estudiante, ¿había leído *La sucesión presidencial* en 1910?

LLL: Cómo no. Habíamos leído *La sucesión presidencial* de Madero y los artículos que publicó Luis Cabrera con el seudónimo de "Blas Urrea"; *El México bárbaro* de John Kenneth Turner; habíamos leído toda esa literatura.

JW: ¿Logró usted conseguir ejemplares de *Regeneración* de Flores Magón?

LLL: Muy pocos, aislados; pero lo habíamos leído. Habíamos leído también a un hombre que estudió mucho la cuestión agraria; también un artículo que

publicó un ingeniero agrónomo que se llamaba Lauro Viadas, Director de Agricultura, proponiendo el fraccionamiento de los latifundios; toda la literatura de aquel tiempo, inclusive los artículos de Urueta, de Sánchez Azcona.

JW: ¿Leyeron algo de la literatura extranjera, europea, francesa?

LLL: Sí. Ya habíamos leído, en una mala edición, *El Capital*, en una edición valenciana, que era un resumen de *El Capital*, que no entendimos en aquella época. Leímos folletos de propaganda muy fogosa, antigobiernista, que se editaban en pequeñas imprentas aquí en México.

JW: Tal vez pueda aclararnos, el momento era muy propicio para todo esto: don Porfirio ya era un viejo, y después de tantos años en el poder ya venía una nueva generación que no temía la guerra civil. Porque don Porfirio entró al gobierno en 1877, con el propósito de mantener la paz, y eso lo logró. Pero, ¿qué pasó en esa época? ¿Tuvieron prosperidad?

LLL: Don Porfirio no evolucionó. Creo que en don Porfirio tuvo mucha influencia su casamiento con doña Carmen Romero Rubio, de la aristocracia de México. Porque a don Porfirio lo fueron metiendo poco a poco a las redes de la aristocracia de México, que era la aristocracia latifundista, los grandes intereses de un capitalismo incipiente que había aquí, en su mayoría europeo, que vivía de la protección del gobierno: todas las fábricas de hilados y tejidos; todas las fábricas que habían, vivían de proteccionismo fiscal. No se podían importar artículos como los que estas fábricas producían, porque para esos artículos habían derechos prohibitivos. Además, nadie podía pensar en ser agricultor si no era hacendado, porque las pequeñas propiedades las devoraban poco a poco los hacendados: hacían quebrar a los pequeños propietarios con su competencia desleal, y les compraban las propiedades a precios bajos. En esa forma absorbieron las propiedades de los pueblos que Juárez erróneamente había fraccionado: los terrenos comunales, creyendo que los campesinos podrían defenderlos. Y no los pudieron defender.

JW: En esos años, ¿no podía existir una clase media, una clase burguesa?

LLL: Ni pequeñoburguesa. Creo que don Porfirio se dejó absorber por esos intereses considerando que eran el fundamento, la fuerza y el sostén de su gobierno. Durante muchos años no admitieron para nada novedades, ni modificaciones, ni reformas. Además, se eternizaron los mismos hombres de gobernadores, de jefes políticos, de ministros, y se fueron haciendo viejos. El país se estaba asfixiando, venían generaciones nuevas y no tenían porvenir, no tenían lugar en la vida nacional.

JW: Esto parece un movimiento meramente agrarista. ¿Qué esperaban de Madero? ¿Solamente un cambio de poderes, o que iba a fraccionar las tierras?

LLL: No. Voy a decirle con franqueza mi manera de pensar: el movimiento de Madero fue esencialmente político. Es cierto que se refirió en el Plan de

San Luis al fraccionamiento de los latifundios y a la defensa de los obreros. Porque para sostener los negocios leoninos de aquella incipiente industria habían realizado las matanzas de Cananea, de Río Blanco. Naturalmente que habían sometido por el terror y la fuerza a los obreros a las condiciones que los patrones querían imponer. En estas condiciones claro que había un movimiento social-económico intenso, que era el que producía ese malestar: la situación de los campesinos y de la clase media que se estaban asfixiando; la de los obreros por una dictadura militar brutal. Pero en aquella época no se expresaban las cosas con claridad. Nosotros creíamos, como creyó Madero, que todo era cuestión del advenimiento de la democracia; que cuando el pueblo pudiera escoger a sus gobernantes los escogería en forma que les resolverían sus problemas; que el gobernante que no les cumpliera lo podrían rechazar en la siguiente elección. Creímos nosotros que la democracia (es decir, un movimiento puramente político) resolvería nuestros problemas.

JW: Ésa era la corriente de todo el mundo en esa época.

LLL: La mayor parte entre nosotros creíamos así. Pero cuando vimos que vino la reacción de Huerta; que el ejército volvía a apoyar a las clases dominantes anteriores, y que los obreros (aun teniendo la democracia conquistada) no podrían ser libres porque tendrían que ir —porque estaban sometidos económicamente al patrón— a votar a donde los llevara el capataz, y que los campesinos tendrían que ir a donde los llevara el hacendado, vino el movimiento que nos hizo comprender que el cambio de México no podía venir sin un cambio de la estructura social y económica del país. Fue cuando floreció el agrarismo; cuando los peones armados pidieron el fraccionamiento de las haciendas. También los obreros pidieron garantías, y así se fue haciendo social el movimiento político que se había iniciado con la Revolución.

JW: Pero ustedes esperaban de Madero solamente un cambio político, quizá moderado. ¿Había algo de antigringo en la Revolución, en este movimiento antiporfirista? Usted nos acaba de decir que debido a un linchamiento de un mexicano en los Estados Unidos ustedes apedrearon Sanborns.

LLL: No había un sentimiento propiamente antiamericano; había un movimiento antiextranjero, porque había un sentimiento contra los franceses que dominaban la industria, contra los ingleses que dominaban el petróleo y los ferrocarriles, y contra todos los extranjeros.

JW: ¿También contra los españoles?

LLL: Absolutamente. Los españoles eran los hacendados. Y había un sentimiento antiextranjero porque teníamos la creencia que el gobierno de don Porfirio era un gobierno colonialista que nos entregaba a los intereses extranjeros para que lo sostuvieran a él. Después se ha dicho mucho que el

gobierno de don Porfirio, aconsejado por Limantour, pretendía que se desarrollaran los intereses económicos europeos para equilibrar los intereses económicos de los Estados Unidos. Yo creo que don Porfirio "agarraba" a todos los que venían de fuera que lo podían ayudar.

JW: Al comenzar la Revolución, al caer Porfirio Díaz, ¿qué hicieron ustedes? ¿Siguieron con sus estudios?

LLL: Sí, al caer don Porfirio siguió la Escuela. Salí, poco más o menos, en tiempo de Huerta. Huerta la militarizó, como a todas las escuelas, y soldados y oficiales mandaban a los alumnos. Hubo un incidente muy vergonzoso para el gobierno que enardeció más a los alumnos: en Santa Julia, un barrio frente a la Escuela de San Jacinto, en una borrachera de unos soldados empezaron a hablar en favor de la Revolución. Un oficial los aprehendió y los llevaba a que los tuvieran presos en la Guardia de la Escuela cuando pasaba el general Huerta, y Huerta ordenó que los fusilaran, y que los fusilaran en la Escuela. Y formaron a los alumnos en cuadro para que vieran el fusilamiento. Eso fue la gota de agua que colmó el vaso. Los alumnos empezaron a salir y a protestar. Al caer Huerta y cuando entraron los revolucionarios a México, empezaron muchos de los alumnos a juntarse con las distintas facciones de la Revolución. Y cuando vino la escisión de Carranza con la Convención, los revolucionarios empezaron a conquistar a los alumnos para que concurrieran a ayudarlos en la cuestión agraria. Y por eso, de todos los alumnos, unos se fueron con Zapata, a donde se fue Marte R. Gómez, otros se fueron con Villa al norte, y otros con Carranza a Veracruz. Aquellos alumnos de la Escuela de Agricultura fueron los primeros que iniciaron la distribución de tierras, conforme al agrarismo de los revolucionarios.

JW: ¿Estuvo Marte R. Gómez con usted en la Escuela?

LLL: Sí. Marte R. Gómez es posterior a mí, pero estuvo en la Escuela conmigo; él era más joven que yo.

JW: ¿Quedaron ustedes decepcionados con el programa de Madero? Muchos sí quedaron francamente decepcionados con él; por ejemplo, Juan Andreu Almazán, a pesar que él era maderista, se fue con Zapata.

LLL: Sí, el general Almazán era muy inquieto, quería las resoluciones inmediatas. Madero sí había decepcionado a varias gentes, entre otras a los zapatistas. Zapata nunca se le rindió a Madero, porque decía que Madero no había cumplido con la distribución de las tierras. Y también se decepcionaron otros revolucionarios que se fueron con Vázquez Gómez al norte. Pero, en el fondo, nosotros fuimos maderistas hasta el final porque comprendíamos que si Madero desaparecía vendría una reacción. Y era preferible seguir con Madero en quien hasta el final tuvimos fe, fe en que iría a hacer algo.

JW: Un cambio lento.

LLL: Lento. Madero ya lo estaba estudiando. No se hablaba de ejidos; se hablaba de fraccionamiento de las grandes propiedades pagando al propietario las indemnizaciones debidas.

JW: Siempre pagando. ¿Y Zapata también?

LLL: No. Creo que Zapata nunca discutió lo del pago; pero Zapata no tuvo ideas más serias que las del Plan de Ayala. Allí habla de las tierras que se les deben restituir a los pueblos, no de fraccionamiento de los latifundios.

JW: ¿Restitución?

LLL: Restitución a los pueblos cuyas tierras les fueron arrebatadas por los hacendados.

JW: ¿Después de Juárez?

LLL: Sí, pero Madero tenía una comisión agraria que estaba estudiando el fraccionamiento de los latifundios y el establecimiento de obras de irrigación, para poderlos hacer productivos. Iba muy lentamente. Pero, en fin, nosotros tuvimos fe hasta el final en Madero.

JW: ¿Y al tener noticias de que había muerto?

LLL: Nosotros, naturalmente, estábamos de parte de los vengadores. Venustiano Carranza se levantó con el Plan de Guadalupe; se levantaron los de Sonora, y todos concurrieron a la Revolución. Y en la Revolución se fue fortaleciendo el sentido de justicia social —el anhelo de justicia social— hasta llegar a la Ley del 6 de enero que inició el reparto de tierras y a las disposiciones en favor de los trabajadores que poco a poco se concretaron después en el artículo 123.

JW: Las comunicaciones en el país en aquel entonces eran muy malas. ¿Cómo pudieron saber de todos estos levantamientos y de todos los movimientos?

LLL: Aquí en México se sabía por las comunicaciones, digamos extralegales que tenían los revolucionarios: aquí había juntas de revolucionarios que difundían las noticias. Por ejemplo, ellos fueron los que repartieron aquí el discurso de don Belisario Domínguez. Aquí no se publicaba más que las noticias que quería el gobierno: en los periódicos que dominaba y controlaba el gobierno. Pero yo estaba en el norte, y en el norte sí se sabía todo.

CON LOS SONORENSES

JW: Quiere decir que al salir usted de la Escuela se fue al norte, a Chihuahua.

LLL: Sí, y estuvimos allí en Chihuahua y en Coahuila. En 1916 se organizaron las primeras comisiones locales agrarias. Fui a la de Sonora; por eso trabajé con Calles. En aquel tiempo no teníamos más ley que la Ley del 6 de enero; no había reglamento, ni había nada. En aquella época no necesitaba-

mos más que interpretarla como cada quien podía; pero nos ayudaban mucho los peones y campesinos que querían las tierras. Empezamos a repartir tierras en Sonora en 1916.

JW: ¿Conoció usted al ingeniero Juan de Dios Bojórquez?

LLL: Estuve con el grupo que encabezó Juan de Dios Bojórquez en Sonora. Llegué cuando Adolfo de la Huerta era gobernador interino de Sonora. Adolfo de la Huerta me nombró director de un periódico que se llamaba *Reforma Social*, donde se hacía propaganda de todas estas cosas, de todo el programa de la Revolución; poco después me nombraron presidente de la Comisión Local Agraria y director de agricultura estatal.

Vino la campaña del general Calles, el primer gobernador constitucional que iba a tener Sonora, y yo fui líder y orador en su campaña. Durante el gobierno del general Calles se empezaron a repartir seriamente las tierras —fue el primero—, ya en forma más organizada, porque Calles era más organizador que otros. Vino la campaña de De la Huerta y fui orador y líder, y eso me dio a conocer con el general Obregón.

JW: ¿En qué año?

LLL: En 1917. En 1948 vine por primera vez a la Cámara de Diputados. En 1917 tuvo lugar el Constituyente; la cámara que le siguió al Constituyente fue la XXVII Legislatura, y me postulé como suplente del general Carlos Plank, que era el propietario. Pero en 1918 convocaron a un periodo extraordinario de sesiones para estudiar la Ley Electoral y, como el general Plank ya tenía una comisión del presidente Carranza, vine yo; fue la primera vez que vine a la Cámara, cuando hablé por primera vez allí. Y tuve la suerte que me elogiara mi paisano, el más grande orador que ha tenido México, Jesús Urueta, tal vez porque era paisano mío me elogió como orador. Después regresé a Sonora. De Sonora vine acompañando al general Obregón, durante su gira política en 1919-1920, que ha sido una de las giras más duras que ha habido en el país, porque, ni teníamos dinero, ni teníamos el apoyo gubernamental; teníamos enfrente al gobierno de Carranza, que era un gran caudillo.

JW: Una aclaración: ¿tomó parte en la guerra de las facciones, entre 1913 y 1916?

LLL: Estuve primero con la División del Norte; después, cuando se derrumbó la usurpación huertista, con Bojórquez nos fuimos a Sonora.

JW: Podemos decir que usted fue villista.

LLL: Pues de la División del Norte, sí. Estuve en la "Toma de Zacatecas"; era la División del Norte. Pero en aquel momento éramos constitucionalistas: del Ejército Constitucionalista todos. Allí empezó a sentirse la división.

JW: ¿En qué capacidad estaba usted en Zacatecas?

LLL: Siempre fui civil, nunca fui militar. Pero concurrí al combate.

JW: ¿Algo así como Martín Luis Guzmán? Él fue también civil y viajó con Villa. ¿Lo conoció usted con Villa?

LLL: Muy bien. Lo conocí aquí antes.

JW: ¿Tenían los civiles algún papel extraordinario?

LLL: No. Fui invitado por un general y concurrí de "paracaidista", de espontáneo.

JW: ¿Tiene usted algunas memorias o anécdotas acerca de esa batalla?

LLL: Muy dura. Fíjese usted, fui con el general Trinidad Rodríguez y él murió en la batalla; fue él quien me invitó. No murió precisamente en la batalla; lo sacaron moribundo, herido en el cuello por una bala que le seccionó la médula —la espina dorsal— y murió en el tren. La batalla fue muy dura, como todas las de Villa que usaban el arrojo y la fuerza, la valentía. Ésta fue un asalto a Zacatecas.

Naturalmente que mientras íbamos subiendo a las alturas hubo muchas pérdidas de parte de Villa; pero una vez dominadas las alturas, ya el hoyo que representa Zacatecas fue una derrota brutal para los federales: los hicieron pedazos. La matanza fue para ellos. Recuerdo que al día siguiente fui a recorrer la salida de Zacatecas para Guadalupe, con un coronel que después fue general, Carlos Almeida, de la Brigada Villa. En mi vida he visto más muertos. Creo que había más de mil hombres y como mil quinientos caballos muertos. Era una cosa espantosa. Y se podía ver lo que es el pánico, en un desastre de gente que corría buscando la manera de poderse salvar. Tiraban los "kepis", se quitaban las insignias; tiraban todo. Era una cosa muy fea, estaba todo regado de sangre. Villa le pegó un golpe muy fuerte al ejército federal, al cual más tarde remató el general Obregón en Guadalajara.

JW: Usted conoció a Villa, ¿cuál fue su impresión en aquel momento, y como reflexiona sobre eso ahora?

LLL: En aquella época la impresión que Villa daba era de un hombre fuerte; era un caudillo; era un gran guerrillero. Villa tenía un gran talento natural, valor, arrojo; pero desgraciadamente no tenía mucha cultura. Por la vida que había llevado tenía pocos frenos éticos, pocos frenos morales. Reventaba y se dejaba llevar por el primer instinto. Le decían: "Éste te está...", y sacaba la pistola y lo mataba. Creo que Villa hubiera sido difícilmente controlable como jefe de gobierno. Como destructor de ejércitos fue un gran instrumento de la Revolución.

JW: ¿Ha leído usted *Las memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán?

LLL: Cómo no.

JW: Martín Luis Guzmán nos ha dicho, durante unas entrevistas, que Pancho Villa no fue un asesino; que fue un destructor, sin rumbo, pero que no fue hombre que matara a personas, como se ha dicho.

LLL: Creo que era muy difícil controlarlo. Hubiera sido muy difícil un gobierno de él. Ahora, después de conocer al general Obregón y al general Calles, pues era otra clase de gente; gente más controlada y con programa, con orientación, con meta.

JW: ¿Participó usted en las batallas de Celaya?

LLL: No. Permanecí en el norte; no participé en esas batallas porque me enfrié cuando vino una división y pelearon revolucionarios contra revolucionarios. Pero en esa escisión, tomando como bandera la cuestión social, los hombres que rodeaban a Villa empezaron a plantear el problema que se planteó en la Convención de las reformas sociales.

JW: ¿Tuvieron ustedes noticias de la Convención de Aguascalientes?

LLL: Sí, estuve en Aguascalientes. No fui delegado, pero estuve en varias sesiones.

JW: ¿Y qué le pareció?

LLL: Era muy difícil un arreglo. La Convención de Aguascalientes era un gran proyecto de unificación revolucionaria. Pero luchaba contra dos fuerzas muy grandes: contra la de Villa y contra la de Carranza. Ninguna de las dos quería transigir. Hubo un momento en que, en lugar de unificarse en la Convención, quedaron divididos por personalismos. Villa avanzó sobre Aguascalientes y naturalmente se sintieron amenazados los que no eran de Villa. No hubo más que una alternativa: escoger entre Villa y Carranza. Y es claro que entre Villa y Carranza, nosotros teníamos que escoger a Carranza.

JW: ¿Regresó usted al norte?

LLL: No. Me vine para México. Creo que la Convención pudo haber realizado un gran papel si no hubieran sido esas dos fuerzas de hombres absorbentes. Los dos querían la autoridad. Y alrededor de ellos se formaban camarillas que les atizaban los odios y las pasiones, porque veían amenazadas sus posiciones si triunfaba la otra facción.

JW: Eso fue en 1915. ¿Allá conoció usted a Obregón?

LLL: A Obregón lo traté a fines de 1916, o principios de 1917 en Sonora, cuando él realizó un viaje a Sonora, antes de renunciar a la Secretaría de Guerra, porque el general Obregón era secretario de Guerra de Venustiano Carranza. Y cuando Carranza fue electo presidente, precisamente a raíz del Constituyente —cuando hubo una constitución ya— se convocó a elecciones y fue electo. Al tomar posesión Venustiano Carranza, renunció el general Obregón y se retiró a Sonora; allá lo conocí y lo traté.

A quien yo conocí mucho fue al general Calles también; ya lo conocía desde entonces. Al general Obregón lo conocí bien cuando vine en la gira con él porque casi siempre uno de nosotros dormía en el mismo cuarto de él. Eramos muy pocos los que andábamos con Obregón y no teníamos ele-

mentos; fue una gira hecha con muchos sacrificios para todos nosotros. Recuerdo que iniciamos la gira en Sonora, y que Sonora y Sinaloa fueron una apoteosis para el general Obregón: todo el pueblo en masa acudía a vitorearlo y a protestarle su adhesión.

Cuando llegamos a Manzanillo —nos embarcamos en Mazatlán y llegamos a Manzanillo— ya tuvimos que enfrentarnos con lo duro de la gira, porque se trataba del centro y del sur de la República, y empezamos a sentir la oposición del gobierno, que se sentía distanciado del general Obregón por su manifiesto.

El general Obregón lanzó el primero de junio de 1919 un manifiesto, en Nogales, Sonora, aceptando su candidatura a la presidencia de la República. En ese manifiesto criticó los errores del gobierno de Carranza y sobre todo fustigó a los que se estaban enriqueciendo con la Revolución. Naturalmente que la camarilla, el grupo de intereses que se había formado alrededor del señor Carranza se sentía amenazado y empezó a trabajar por el distanciamiento de Carranza con el general Obregón, diciéndole: "Es un desafío a tu gobierno. Tú tienes una figura y un prestigio con lo cual tú puedes poner de presidente de la República, la quién quieras! ¿Cómo vas a permitir que llegue el general Obregón, que llega insultándote y atacándote?"

Eso empezaron a decir todos los intereses creados alrededor de Carranza, y creo que eso fue un choque de dos orgullos: Carranza creía que el general Obregón debía haber venido a hablarle, a decirle: "Voy a lanzar mi candidatura y quiero ser amigo y quiero el apoyo del gobierno". Y el general Obregón nunca le hubiera pedido el apoyo a nadie, y menos al gobierno. Por eso lanzó su manifiesto: para que su candidatura no tuviera ninguna liga oficial. El orgullo de Carranza y el del general Obregón, y el de los grupos que trabajaban alrededor de ellos hicieron que viniera el choque.

Carranza decidió disfrazar la imposición con la bandera del civilismo; es decir, un civilismo que iban a imponer los grandes caciques militares como Manuel Diéguez, Francisco Murguía, etc., con la fuerza. Empezaron a imponer el civilismo imponiendo a los gobernadores; empezaron a imponer el civilismo aquí en México imponiendo la autoridad municipal en las elecciones municipales; y empezaron a perseguirnos en toda forma.

Cuando llegamos, el general Obregón, que era muy fuerte para sus cosas, hizo una declaración en el mitin de Colima que alejó a algunos de los políticos que creían que iban a sacar raja de su candidatura porque veníamos unos cuantos muchachos inexpertos con él, muy jóvenes. Los oradores éramos el general Jesús Garza y yo, y todos estos después: Manlio Fabio Altamirano, Aurelio Manrique y Rafael Martínez de Escobar. Pero los que se sentían las figuras políticas y los que querían dirigir al general Obregón

creyendo que no era más que un militar, que no era más que un soldado —y era más inteligente que todos ellos juntos—, y querían escribir los manifiestos y ser los oradores y todo eso, pues vieron que no les hizo mucho caso, porque al llegar a Colima, donde había llegado una corriente de políticos de aquí de México para colocarse al lado del general Obregón, el general Obregón dijo: “Quiero hacer constar un detalle que juzgo de importancia: conmigo viene un grupo de jóvenes idealistas que con sacrificios se pagan sus gastos, que han dejado abandonados sus negocios y a sus familias por venir en esta peregrinación cívica, con los que me bastan. Por esta vez, los políticos, los escritores y los oradores profesionales, por lo que a mí respecta, se van a quedar sin contrato”.

JW: Ustedes como idealistas, ¿qué promulgaban durante la campaña?, ¿qué pedían, qué querían para el país?

LLL: Nosotros, como luchábamos contra una imposición, pedíamos el advenimiento de un régimen democrático, y además, cómo éramos revolucionarios con orientación social, pedíamos que se iniciaran las medidas de justicia social: pedíamos que se iniciaran las garantías para los sindicatos obreros, para el sindicalismo; pedíamos que se iniciara el reparto de tierras. Pedíamos todo eso en lo que, como usted sabe, había sido muy parco el gobierno de Carranza. El gobierno de Carranza acabó las huelgas con el ejército, pues no era muy partidario de la organización sindical, y no era muy partidario de la cuestión agraria. Éstas fueron cosas que Carranza tuvo que aceptar a la fuerza por la situación.

Pero en el fondo, Carranza era un hombre formado en el porfirismo: fue senador once años y como porfirista no tenía mucha fe en las cuestiones sociales, aunque sí la tuvo en la revolución política. La prueba la tenemos examinando las estadísticas; ahí podrá usted ver que dio pocas tierras, y de las más malas y pequeñas, a los ejidatarios, idotaciones de dos o tres hectáreas! Carranza tenía la idea que había que darles a los campesinos lo que se llamaba un “pejugal”; es decir, un lote para que pudieran cultivar verduras y cosas para comer, y ayuda a su casa y complementar su salario. Porque, como no había mucha gente, se pensaba que después de repartir las tierras a los peones le iban a quedar tierras a los hacendados, y que los peones podrían completar sus ingresos trabajando como peones en las haciendas. Ningún estadista previó la explosión demográfica que vino después.

JW: Hablando de estadística, hemos hecho un estudio hacendario de la República de México examinando el presupuesto y los egresos de cada año desde 1910.¹

¹ James W. Wilkie, *La Revolución Mexicana, 1910-1976: gasto federal y cambio social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Ahí se puede ver que Carranza gastó casi todo su presupuesto en política, en administrar al país. No quiso gastar nada en lo social, y muy poco en lo económico, en los ramos económicos como obras públicas. Y después de una revolución, el país tenía necesidad de reconstruirse; necesitaba de la educación para ayudar a las masas.

LLL: Ese era el programa de nosotros, y teníamos una gran esperanza en el gobierno del general Obregón. Pero el gobierno del general Obregón tuvo que luchar en contra de enormes dificultades: el gobierno del general Obregón recibió como herencia una serie de facciones que no se podían ver unas a otras cuando nos levantamos nosotros contra la imposición, contra Carranza según el Plan de Agua Prieta. Todas esas facciones nos levantamos, porque Carranza faltaba a los ideales revolucionarios. Los que andaban luchando contra Carranza, como los felicistas, lo hacían por lo que tenía de revolucionario Carranza; con ellos andaban Almazán, Garaveo, los Gabay y toda esa gente, y además los zapatistas. Con los únicos que ligó bien el general Obregón fue con los zapatistas, porque comprendía que para pacificar el campo había que cumplir con las promesas de la Revolución de distribuirles tierras a los campesinos. Habían fracasado, primero don Porfirio, luego Madero y después Carranza y Huerta; todos habían fracasado, queriendo aplacar las cosas con las fuerzas militares.

JW: ¿Después de tantas promesas de Carranza en la Ley del 6 de enero de 1915, y después en la Constitución de 1917?

LLL: Sí, esos fueron incidentes que más enardecieron a los campesinos como el asesinato de Zapata, que fue un acto de felonía injustificable. Y resulta que esto fue una lección más para los campesinos, y el general Obregón los empezó a pacificar con la repartición de tierras, haciendo efectivas las leyes de la Revolución. Por eso los zapatistas fueron grandes aliados del general Obregón; en cambio se le unieron una serie de jefes del ejército, todos ambiciosos, todos queriendo llegar a ser presidente de la República, los que se juntaron después con la candidatura de un hombre débil como era Adolfo de la Huerta. Al general Obregón se le levantó en su contra más del cincuenta por ciento del ejército; no más que con el resto los pudo derrotar. Así es que él no pudo hacer una gran administración constructiva.

La administración constructiva la hizo Calles, porque Calles inició la política hidráulica, por medio de la cual el Estado, y el gobierno, construyeron las obras de irrigación. Nosotros la iniciamos. Fui secretario de Agricultura del general Calles, y entonces hicimos la Ley de Aguas Federales que creaba la Comisión Nacional de Irrigación. La situación era muy clara: Yo conocía las ideas de Calles desde Sonora.

En 1918, el secretario de Fomento de Carranza fue a ver a Calles. Calles lo llevó al Yaqui—el Valle del Yaqui—donde habían unas obras de irrigación de una compañía Richardson, americana. La obra estaba completamente destruida: las tierras enmontadas invadidas por los indios, por la Revolución. Los indios yaquis levantados habían quemado las compuertas y los puentes, todo lo que había sido de madera lo habían quemado; no dejaban trabajar, no había garantías; mataban al que encontraban en el campo. Entonces el general Calles me dio una comisión tremenda: me mandó llamar y delante del ministro Pastor Rouaix me dijo: "León, quiero que usted me haga un informe de la situación de todo el canal principal; pero lo recorre"—figúrese usted con los yaquis levantados—"y no me cuente mentiras; saca fotografías".

Había partes donde el canal antiguo "Porfirio Díaz", de un gasto de treinta metros cúbicos, tendría un gasto de tres metros cúbicos a lo sumo, por los azolves, por la vegetación; por todas esas cosas, todo destruido. Después le presenté el informe con fotografías. Y Calles le dijo al ministro de Carranza, Pastor Rouaix, ¿cree usted que con esta situación, esta destrucción de la Revolución y con la amenaza de las leyes agrarias de que se van a repartir los terrenos que se cultiven, que la Richardson va a meter un solo dólar? Indudablemente que no, porque ya no es negocio para el capital privado la construcción de obras de irrigación. Además, los que invierten en obras de irrigación, invierten con el deseo (un deseo legítimo) de obtener una utilidad por la venta de los terrenos, por la plusvalía que alcancen los terrenos. Como ahora dicen: "Si los hacemos de riego nos lo va a repartir el gobierno". No va a invertir nadie un peso en obras de irrigación; así es que si no las hace el gobierno, no las va a hacer nadie.

Calles ya tenía la idea de que el Estado era el que debía hacer las obras de irrigación, y cuando él llegó al gobierno estableció esa ley; estableció la Comisión Nacional de Irrigación. La establecimos nosotros; fui el primer presidente de la Comisión Nacional de Irrigación. Ése fue el origen de la actual Secretaría de Recursos Hidráulicos.

También el general Calles inició la construcción de carreteras; inició el establecimiento del Banco de México.

Al llegar nosotros al gobierno, un gobierno muy pobre en aquella época, con un presupuesto, creo, de 300 millones de pesos al año, el general Calles nos pidió un quince por ciento de ahorro a cada secretaría, en empleos innecesarios, en gastos innecesarios, para juntar la suma de 60 millones con los que iba a instalar el Banco de México. La persona que más cooperó en eso fue el general Amaro, secretario de la Guerra, porque él tenía dinero para muchos gastos; porque los generales tenían gastos extraordinarios de veinte, de

treinta mil pesos al mes (todavía quedaba el caudillaje de los tiempos de la Revolución), y con mucha energía el general Amaro redujo a los generales. Creo que el general Amaro ahorró como unos 40 millones de pesos.

JW: La mitad.

LLL: La mitad. Así es que deberían tener su retrato en el Banco de México.

JW: Parece que Carranza no comprendía al país; no entendía la Revolución. Él tenía la creencia que si lograba administrar al país que todo saldría bien. Pero se dice que Carranza no logró unificar a los grupos, ni pudo poner freno a los levantamientos, sin antes cumplir con los mandatos de la Revolución. Al subir Obregón a la Presidencia lo hizo pensando en el ramo de lo social, en lo educativo, asignándole del dos al once por ciento del presupuesto. ¿Tomó usted parte en el gobierno de Obregón?

LLL: Durante el gobierno del general Obregón fui diputado; pero al final, en 1923, por varios meses, fui subsecretario de Hacienda, siendo secretario Adolfo de la Huerta. Y éste fue un caso insólito: me separé de la Subsecretaría de Hacienda para irme a la campaña de Calles, porque De la Huerta nos traía desorientados a nosotros, regañándonos a Portes Gil, a Morones, a mí y a los que éramos líderes callistas de la Cámara de Diputados, diciéndonos que él estaba trabajando a los cooperativistas y a los otros grupos para llevárselos a Calles; que él era real y sincero amigo de Calles y que él no aceptaría nunca otra vez la presidencia de la República; decía que no lo dejábamos trabajar, que del grupo sonoreNSE Obregón-Calles-De la Huerta, él siempre había sido el ángulo político; que los otros dos eran hombres de acción, hombres ejecutivos, muy impulsivos, y que él siempre les componía las cosas desde el punto de vista político, y que les sorteaba los errores que cometían en política; que nosotros no lo dejábamos trabajar porque nos andábamos peleando siempre con los cooperativistas, y con los otros grupos, que él quería traérselos al general Calles; y que él (De la Huerta) sería el que encabezara la primera manifestación en favor del general Calles, del que siempre fue un gran amigo. Efectivamente era amigo íntimo de Calles; pero resulta que siempre le gustó más llevarse los grupos a su lado que entregárselos al general Calles. En esa forma me separé y me fui a incorporar con el general Calles a Monterrey, cuando él inició su gira.

JW: Usted anduvo mucho con Obregón y Calles. Quisiera aclarar algo antes de seguir con los años de 1920. ¿Asistió usted al proceso de Obregón? ¿Cuándo fue? ¿En 1919 o en 1920?

LLL: En 1920. No, nosotros andábamos con el general Obregón, y en Monterrey le pedí permiso al general para ir por el lado americano, por Laredo y El Paso, Texas, a Juárez, a protestar a una convención como candidato a diputado por mi tierra, por Ciudad Juárez.

JW: ¿Por algún partido?

LLL: Había muchos partidos, pero partidos obregonistas. Usted habrá visto la fotografía que tengo de esa época cuando era muy joven. Estoy con el general Obregón que está sentado en una silla. Esa fotografía está tomada en Monterrey, porque el general Obregón, que era muy inteligente, me dijo: "Mira León, estamos muy pobres, no puedo ayudarte con fondos como quisiera; pero te voy a ayudar: ven a retratarte conmigo". Me retraté con él y me dijo: "Con esta fotografía haces tu propaganda y la mía; de manera que los otros candidatos obregonistas que quieran competir contigo comprenderán que el bueno para mí eres tú. Tendrás que luchar nada más con nuestros contrincantes, con los bonillistas. Entonces me fui al norte.

Quiero contarles esto detalladamente porque explica la situación en que andábamos, y Obregón me dijo: "Luego que protestes en Juárez, pásate por El Paso, Texas a Douglas, y en Agua Prieta ves a Calles y diles que no me han mandado un centavo". Porque ellos le habían dicho: "Cuando te falte dinero, gira contra nosotros", los amigos de él que eran Calles, los Elías, los Gabilondo —toda la gente aquella amiga de él—, "aquí veremos cómo juntamos dinero y te lo mandamos". A Obregón le giraban por telegrama, por carta; y como estaba controlado el telégrafo y el correo por el gobierno carrancista, nuestros contrincantes, nunca llegaban esas cartas, no llegaban los giros. Me pasé de Juárez a Douglas y estuve con el general Calles una noche, y esa misma noche me juntaron diez mil dólares en billetes de cien dólares, eran veinte mil pesos mexicanos en aquella época; en billetes grandes para que los pudiera pasar fácilmente. Pero ya en el tren leí en un periódico americano que el general Obregón venía llamado, procesado, a México. Llegué a Monterrey, y allí, en la estación del ferrocarril el general Obregón estaba despidiéndose de una gran multitud, porque se venía para México en el mismo tren en que llegué de Laredo para Monterrey. Entonces le pregunté: "¿Saco el pasaje hasta México?". Me dijo: "No, sácalo hasta Saltillo".

Habían pasado los acontecimientos de Tampico, en donde prendieron a los oradores obregonistas. Si no voy a Juárez y voy a Tampico, también me habrían aprehendido, porque indudablemente hubiera hablado yo en Tampico, donde aprehendieron a Aurelio Manrique, Rafael Martínez de Escobar, y a Manlio Fabio Altamirano. Entonces el tren se detenía en Saltillo porque aún había fuerzas de Eulalio Gutiérrez, que andaban levantadas y volaban los trenes entre Saltillo y San Luis Potosí. El tren se detenía a las 19 horas para no pasar de noche, por el tramo peligroso; y continuaba su viaje a las tres de la mañana. Allí el general Obregón nos dijo: "Yo voy llamado a México; no sé qué será de mí, ni qué pensarán hacer conmigo. Pero aquí vamos a hacer lo de las codornices: nos vamos a ir cada cual por su lado". A

mí me mandó a que llegara hasta Chihuahua, hasta Ciudad Juárez, procurando que hablara con los jefes militares que eran amigos de nosotros; y si no podía quedarme en Juárez, que procurara hablar con Calles, lo que hice. A Jesús M. Garza lo mandó a Zacatecas, y se levantó allí con Enrique Estrada. Así nos mandó a varios.

La situación nuestra era ésta: cuando empezamos a caminar en el tren de Monterrey para Saltillo me salí a la plataforma de atrás con el general Obregón a informarle de la comisión y de las cosas que le mandaba a decir Calles, y a entregarle los diez mil dólares. Entonces me dijo: "Pero, ¿cómo no me los entregaste en Monterrey? Allí se quedó el hermano del general Garza empeñado, porque no tuvimos con qué liquidar el hotel". Recuerdo que me dijo: "¿Sabes por qué me pusieron el telegrama llamándome procesado en Matamoros? Porque, 'cómo uno vive así juzga'. Creyeron que me iba a asustar y que me iba a pasar a Brownsville, y que entonces me iba a descalificar como candidato". Y le dije: "Pero a usted le pueden hacer muchas cosas". "Sí", me replicó, "esa noche no dormí pensando en lo que debía hacer; pero, mañana que llegue a México el que no va a dormir es Carranza, pensando qué hacer conmigo: si me pone preso; si me mata o si me suelta". JW: ¿Cómo se levantaron ustedes?

LLL: Llegué a Chihuahua; en Chihuahua hablé con don Eugenio Martínez y llegué a Juárez. Pero como en Juárez no se habían definido los jefes militares que estaban allí, crucé subrepticamente la frontera. Como soy de allí tenía amigos: crucé la frontera por terrenos que ahora son de la ciudad que ha crecido mucho. Fui a salir al Washington Park, en El Paso, Texas, pasando el río que traía muy poca agua, y me fui por los Estados Unidos para Sonora, y entonces fue cuando se levantaron las tropas con el Plan de Agua Prieta.

EL PLAN DE AGUA PRIETA Y EL GOBIERNO DE OBREGÓN

JW: ¿Llegó a Agua Prieta?

LLL: Llegué a Hermosillo. Estaban redactando el Plan de Agua Prieta, y nos vinimos con el general Calles a Agua Prieta. Allí nosotros modificamos el plan propuesto por De la Huerta, que había redactado el licenciado Gilberto Valenzuela. Y lo modificamos porque ellos, como todos los planes mexicanos, decían: "Al triunfo de la Revolución será presidente Adolfo de la Huerta". Y nosotros, para legalizar la situación dijimos: "Al triunfo de la Revolución se convocará al Congreso para que elija un presidente provisional", como se hizo. Y legalizamos la situación.

JW: ¿Y firmó usted el Plan?

LLL: Claro; el primer civil que firmó fui yo.² Usted vio allí la fotografía; soy el único civil que entró a la Junta.

JW: Y Agua Prieta, allá en el desierto, quedaba muy aislada.

LLL: Sí, y es un pueblo chico. Y estuve allí hace unos cinco años y todavía no había crecido mucho. Tiene pocos elementos.

JW: ¿Y anduvo mucho Calles por esa región?

LLL: Pues sí; Calles allí se refugió precisamente por lo aislado, y cuando lo atacó Villa, allí mismo derrotó él a Villa.

JW: ¿Quién fue —se me escapa el nombre— el gobernador con quien Calles tuvo tantos problemas?

LLL: José María Maytorena, porque Maytorena fue villista; fue de la Convención. Una parte del ejército quedó con Maytorena, y éste atacó al general Calles en Naco, en donde Calles sostuvo un sitio de 110 días.³

JW: ¡El famoso sitio...

LLL: ... de Naco! Pero estaba fortificado al estilo que entonces se usaba en las trincheras europeas, comunicadas por túneles, para no exponer a la gente a los impactos de las balas. Era un pueblo fronterizo que colindaba con el lado americano, de donde pasaban todas las provisiones y todo lo que tenían y parque; todo lo que pudieran conseguir. Recuerdo que los que estaban dentro de las trincheras les gritaban a los que estaban atacando, a los maytorenistas: "Vénganse para acá robavacas; aquí tenemos hasta 'ice cream'."

JW: ¿Usted estuvo allí durante el sitio de Naco?

LLL: No estuve en el sitio. Después visité Naco con el general Calles.

JW: ¿Conoció usted a Lázaro Cárdenas durante esos años?

LLL: Sí; lo conocí en Sonora. Eramos muy amigos porque los dos nos formamos bajo las órdenes del general Calles.

JW: Usted nos ha contado cómo empezó usted a andar con Calles. ¿Puede usted decirnos cómo empezó el general Cárdenas a unirse con Calles?

LLL: Cuando la Convención, en 1915, el general Cárdenas era mayor del ejército y marchó en una columna que, pasando por El Púlpito, iba a Sonora a auxiliar a Maytorena, que era convencionista. Se encontró el general Cárdenas con otro mayor, Samuel Cárdenas —no eran parientes, pero amigos— en unos cerros que están frente a Agua Prieta, que está en una llanura y frente a unos cerros que se llaman "Amiracachi", donde estaban acampadas las tropas que amenazaban a Calles en Agua Prieta, que eran los maytorenistas.

² El 23 de abril de 1920.

³ El sitio comenzó el 14 de octubre de 1914.

Los dos mayores Cárdenas le mandaron una soldadera al general Calles a decirle que ellos estaban allí porque los había cogido el movimiento en las filas convencionistas, pero que ellos eran constitucionalistas; que sus convicciones estaban del otro lado; que si los podía recibir.

El general Calles les dijo que sí; los jefes militares de Calles no querían, porque tenían desconfianza. Decían: "No. Esto es un movimiento: vienen a meterse aquí como el Caballo de Troya, para ver si nos hacen pedazos". Pero el general Calles les tuvo fe; y a la segunda, tercera o cuarta carta que le mandaron, les contestó: "Avísenme con un día de anticipación, y se vienen ustedes en columna de dos filas, y en tal parte voy a tener unos camiones y entregan ustedes las armas, y entran desarmados. Sólo los jefes y oficiales conservarán sus armas". Y así lo hicieron.

El general Calles acuarteló a las otras fuerzas para que no fuera a haber pleitos en las calles. Desfilaron ellos, en los camiones, les trajeron las armas, y el general Calles se las entregó en Agua Prieta, y así los incorporó.

JW: ¿Tuvo usted conocimiento de esto después o estaba usted allí?

LLL: No; no estaba. Lo supe después; pero lo supe por el general Calles.

JW: Hay personas que le han hecho cargos a Cárdenas de traición por el cambio. Otras han dicho: "Si Lucio Blanco, su comandante, se había pasado al otro bando, ¿qué otra cosa podía hacer su mayor?"

LLL: No. No sé que Cárdenas fuera de Lucio Blanco. Él iba con una columna que mandaba el general Juan Cabral. Pero el general Cabral, muy afectado porque se habían dividido los revolucionarios, no quiso seguir mandándola y se fue a El Paso, Texas, y quedó neutral; no quería que los revolucionarios pelearan unos con otros. En esa columna venían jefes convencionistas, es decir, villistas y maytorenistas; pero ellos, Cárdenas y sus compañeros, por lo que dijeron no eran de esas ideas, sino que los había envuelto el movimiento y no se podían rebelar.

JW: Hasta que llegaron allá.

LLL: Lo que sí sé es que para hacer el movimiento (esa noche que hicieron el movimiento para separarse ellos y presentarse en Agua Prieta) hubo un zafarrancho y murió el coronel que mandaba el cuerpo de Cárdenas. Por eso le han de haber dicho a usted lo de la traición.

JW: ¿Nunca se ha sabido lo que pasó en ese zafarrancho?

LLL: No sé. Probablemente algunos oficiales de Cárdenas pudieran saberlo; pero yo no lo sé.

JW: ¿Cárdenas luchó con agrado por Calles?

LLL: A las órdenes de Calles. En el primer combate Calles lo hizo teniente coronel, y Cárdenas luchó muy leal, muy subordinado y valiente, porque es valiente el general Cárdenas.

JW: Con el triunfo de Agua Prieta usted entró a la Cámara de Diputados.

LLL: Como diputado por Ciudad Juárez, porque al triunfo de Agua Prieta se retiró mi contrincante, que era bonillista, y triunfé y vine a la Cámara de Diputados.

JW: Se ha discutido mucho la muerte de Carranza en Tlaxcalantongo.⁴ ¿Discutieron ustedes ese acontecimiento, y hubo una investigación?

LLL: Todavía no estábamos en la Cámara. Yo estaba aquí en México cuando la muerte de Carranza, estaba con el general Obregón. Y lo que sí puedo decirle es que le disgustó muchísimo al general Obregón. Yo estaba con Obregón en el hotel St. Francis cuando la muerte de Carranza. Obregón dijo muy indignado que habían ensangrentado una causa sin necesidad.

JW: Después el coronel que tuvo tanto que ver con el asesinato de Carranza, Rodolfo Herrero, dijo en sus memorias, o en unos artículos de Roberto Blanco Moheno, que Cárdenas tuvo algo que ver con eso.

LLL: No lo creo. Cárdenas andaba en la Huasteca, con una columna con la que se había levantado en favor del Plan de Agua Prieta. Pero usted sabe, por ejemplo, que de Papantla hasta Tlaxcalantongo, hasta la Sierra de Puebla, qué difíciles son las comunicaciones, en primer lugar; y en segundo lugar, no creo que Cárdenas tuviera algún interés en matar a Carranza. La cuestión es que a Herrero le pareció que aprehendiendo o matando a don Venustiano iba a hacer méritos para colocarse en el nuevo gobierno. Eso fue todo. Y dijo: "Aquí quedo bien con todos; con los que están ahorita triunfando". Además, lo de Tlaxcalantongo es una traición muy fea de Herrero; revela el poco cuidado o la baja moral que tenían los que acompañaban a Carranza: ninguno salió herido; nadie lo defendió; los hombres de Herrero llegaron hasta su jacal y dispararon. Mataron al soldado que estaba de guardia en la puerta y siempre sostuvieron que don Venustiano se suicidó. Nadie más salió herido; todos corrieron, inclusive los generales que estaban allí. Por eso el general Obregón se los echó en cara. Cuando ellos le pusieron un telegrama a Obregón protestando, éste les dijo: "Los culpables son ustedes, porque el que iba de jefe de la columna, el general Murguía, y el jefe de Estado Mayor, el general Juan Barragán, se debían de haber muerto defendiendo a su jefe".

Y sé de un comentario muy interesante de Villa. Me contó el coronel Murrieta, que ya murió, y que andaba entonces con Villa —andaban a salto de mata; estaban en una sierra en Chihuahua, en lo alto—, que llegó un rancharo a llevarles leche y pan, y cuando estaban tomando la leche y el pan,

⁴ El 21 de mayo de 1920.

sentados en unas piedras, el ranchero llevaba un periódico de Chihuahua donde se narraba la muerte de Carranza. Y le dijo Villa: "Yo se lo dije al viejo caprichudo, 'no se junte con esos curritos científicos de México porque lo van a matar'. Si hubiera llevado veinte pelados de aquí del norte, lo sacan de donde quiera".

JW: Villa murió también asesinado.⁵

LLL: Pues sí.

JW: Se dice que por órdenes de Obregón.

LLL: No lo creo. Yo era subsecretario de Hacienda el día que mataron a Villa. Llegué muy temprano en la mañana a la Secretaría de Hacienda, y para entrar por una entrada que hay especial para los altos funcionarios, con un elevador, tenía que pasar por la oficina del ministro, que era De la Huerta, y que era muy amigo de Villa. De la Huerta no había llegado. En ese momento me trajeron un telegrama que ponía el jefe de Hacienda de Parral, informándole al ministro de la muerte de Villa. Inmediatamente tomé el teléfono directo al presidente Obregón y le dije (lo tomó Fernando Torreblanca, su secretario): "¿Ya sabe el señor presidente que mataron a Villa?" Respondió: "¡Sí!, acabamos de recibir un telegrama y se lo leí como dice el de usted. Le leí el telegrama y él ya lo sabía por las autoridades militares que habían telegrafiado en seguida que pasó lo de Villa, pues corrió la noticia como un reguero de pólvora". De la Huerta llegó en ese momento y se lo dije. De la Huerta se conmovió profundamente y me dijo: "¡Qué barbaridad! Hasta el día está triste". Pero no creo, porque no los beneficiaba la muerte de Villa, ni a Calles ni a Obregón.

Esa fue una cosecha de lo que había sembrado Villa. Villa, al final, cuando andaba a salto de mata, cometía muchos atracos y muchos atropellos. Encontraba en los pueblos a hombres que habían andado con él. "Ándele", les decía, "incorpórense". "Pues no, mire, tengo mi trabajo, tengo mi familia: y que esto y que lo otro...", y los mataba. Violaban mujeres, hacían horrores.

Hace tres o cuatro días se publicó un artículo de un hombre muy villista, el general Federico Cervantes, que anduvo con Felipe Ángeles. Revela una conversación en El Paso con Ángeles, cuando Ángeles se iba a meter al territorio la última vez, cuando lo fusilaron.⁶ Y le dijo Ángeles: "Voy a ver si detengo al general Villa en esa carrera de atropellos y de sanguinario a que se ha lanzado". En los pueblos había ya un gran descontento contra Villa; había mucha gente herida por él, y ellos fueron los que organizaron la em-

⁵ El 20 de julio de 1923.

⁶ El 26 de noviembre de 1919.

boscada; sabemos hasta quién los pagó: los pagó el señor Jesús Herrera, que era el jefe de Hacienda de Torreón, hermano de Maclovio Herrera, hijo del padre y hermano de aquellos que mató Villa personalmente en Parral, a don José de la Luz Herrera. No creo la leyenda, porque políticamente ya Villa no tenía importancia.

JW: Hablando de Ángeles, ¿qué nos puede decir de la muerte de ese general, y de su vida? Muchas personas han puesto el nombre de Ángeles muy por lo alto.

LLL: El general Ángeles era un hombre inteligente, muy estudioso, muy preparado, muy culto. Fue un alumno distinguido del Colegio Militar. Era un buen artillero, científico. Él estudió también en Francia; fue partidario de Madero; fue leal maderista. Pero después tuvo una mancha: que se quedó en el ejército sirviendo a Huerta hasta que pudo salir con una comisión a Europa, y estando en Europa fue cuando se vino a incorporar a la Revolución. Ponga usted que tuvo que hacerlo; pero, de cualquier manera revela que no era un hombre de un carácter muy definido. Porque otro se sale de aquí como salieron tantos. Además, parece ser que Ángeles, allá en Sonora, le tomó celos al general Obregón. Como él era militar de carrera, no le gustaba que un rancharo improvisado de general tuviera grandes triunfos.

JW: Como Obregón.

LLL: Sí, como Obregón. Y empezó a distanciarse de Carranza y de Obregón. Principalmente pasaba que Ángeles se veía sin mucha influencia. Él era un hombre que le gustaba tener influencia, como la tuvo después con Villa. Y allí se veía sin influencia, porque casi no le hacían caso, porque le desconfiaban por haber sido "federal", "pelón", como les decían entonces a los del ejército federal. Ángeles pidió que lo dejaran ir a organizar la artillería del Cuerpo de Ejército de la División del Norte. Se fue y se hizo de grandes confianzas de Villa. Villa lo quería mucho, y él no quería a los otros; es probable que siempre haya influido algo en la División. Al final, venía con el carácter de un redentor; decía que no venía a pelear; que venía a evitar que se siguiera derramando la sangre. Pero andaba con Villa y estuvo en batallas con Villa y cayó. Lo agarraron prisionero y creo que fue un acto de crueldad innecesaria el hecho de matar a Ángeles. La muerte de Ángeles le creó más enemigos a Carranza que el provecho que pudo sacar. Ángeles ya no era un problema, ni político, ni militar.

JW: Hemos hablado de la muerte de tres personas: Carranza, Villa y Ángeles. Para volver a hablar de la presidencia de Obregón, ¿a dónde saltamos? ¿Conoció usted a Vasconcelos, su secretario de Educación en esos años?

LLL: ¡Cómo no! Conocí muy bien a Vasconcelos porque fui compañero de sus hermanos menores en Ciudad Juárez, en la escuela. El padre de Vasconcelos

fue durante muchos años Vista de la Aduana de Ciudad Juárez. A Vasconcelos no lo traté mucho, porque ya estaba estudiando en México cuando nosotros éramos más chicos que él, pero iba a Ciudad Juárez en las vacaciones. A Vasconcelos lo conocí bastante bien: realizó una labor bastante brillante en el gobierno del general Obregón. Obregón le dio todos los elementos que pudo para que la realizara, pero después Vasconcelos empezó a tener ambiciones: quiso ser gobernador de Oaxaca. Vasconcelos era un gran intelectual pero un pésimo político, muy mal político. Se peleaba con todo el mundo, era arisco y él se sentía con una superioridad!: “era muy superior a todo el mundo”. Un político que hace sentir su superioridad, pues no hace amigos. Él fracasó como candidato al gobierno de Oaxaca y se distanció un poco por ese asunto; y se disgustó mucho cuando fue candidato el general Calles, porque él se consideraba muy superior a Calles. Se fue alejando y se fue al extranjero.

JW: La experiencia de Vasconcelos en la frontera ha de haber influido en su ánimo mucho: en su autobiografía resalta esa vida de “pochismo” y parece que él temía mucho al “pochismo”. Vasconcelos veía en Calles al pocho más grande, que venía del norte al sur trayendo una cultura muy mala, absorbente, que acabaría con la cultura esencial del centro del país, la cultura verdaderamente mexicana. ¿Él fue un nacionalista? Quisiéramos su opinión al respecto.

LLL: Sí, pero no existió eso. En el fondo la separación profunda de Vasconcelos y de Calles fue que Vasconcelos era muy católico, era muy creyente. Lo disimuló por muchos años; pero al final sacó eso que llevaba en el fondo de su corazón; fue lo que lo hizo quebrar más con Calles. Vasconcelos, en sus libros, tiene páginas muy bellas y otras muy mediocres, pero es mentiroso. Le voy a contar, por ejemplo, una cosa mía. En un libro él dice que siendo ministro de Educación del general Obregón, que estaba en “El Fuerte” —ese edificio que le dicen “El Fuerte”—, cerca del lago de Chapala y que allí iban los ministros a acordar y que los llevaban en un carro especial. Dice que una vez iba yo, ya en plena campaña de Calles, a hablar con el general Obregón. Me mandaba Calles y Vasconcelos llegó en su carro especial y cenó allí conmigo. (Cierto, me invitó a cenar.) Dice que al día siguiente se presentaron él y el doctor Bernardo Gastélum a esperar el acuerdo y el general Obregón les dijo: “Primero vayan a dar una vuelta en la laguna para despachar a esta gente”. Y que entré yo y fui a hablarle al general Obregón, diciéndole que el general Calles quería que el licenciado Valenzuela fuera secretario de Gobernación, que era su partidario. Y que, estando ellos esperando a que llegara su turno para que los recibiera, salí yo y me dirigí a un teléfono que estaba en el rincón y le hablé a la prensa de México, aquí, a las

oficinas del callismo de México, diciendo: "Publique mañana a ocho columnas que es secretario de Gobernación el licenciado Valenzuela. Denle mucha importancia a esta noticia". Entonces entré yo al acuerdo, dice Vasconcelos, y le dije al general Obregón: "yo tenía la más firme decisión de acompañarlo a usted hasta el final de su periodo; pero acabo de oír esto de Luis León. No tengo cargos que hacerle al licenciado Gilberto Valenzuela, pero como es conocido callista, eso sólo le va a hacer aparecer a usted como instrumento de una imposición, y desde este momento me separo de su gobierno". Escribe que el general Obregón lo disuadió a que renunciara, y que, cuál no sería la sorpresa mía, porque al día siguiente apareció que Valenzuela no sería secretario de Gobernación.

Yo no le fui a hablar al general Obregón de Valenzuela, ni mucho menos. ¿Cómo iba a hablarle del nombramiento de Valenzuela al general Obregón? Fui a hablarle de los agraristas que andaba fusilando Guadalupe Sánchez en Veracruz, que ya era delahuertista, fui a pedirle garantías para ellos. De eso fui a tratar. Y en aquella época no había teléfono ni a Guadalajara, ni a El Fuerte, ni nada. ¿Por cuál teléfono hablé a México? No había teléfono de larga distancia. Vea usted cómo cuenta las cosas. Era muy apasionado.

JW: El concepto de la raza cósmica de Vasconcelos era muy interesante.

LLL: Es posible. En el fondo quería que todos pensarán como él, quería imponer sus ideas a todos. El general Obregón sí lo trató con mucha liberalidad; le dio todo lo que pudo, porque Obregón tenía cierto respeto para Vasconcelos como intelectual. Y con el general Calles lo dividió el asunto religioso.

EL CONFLICTO RELIGIOSO

JW: Calles, como secretario de Gobernación de Obregón, tuvo que enfrentarse al clero.

LLL: Tuvimos que enfrentarnos con el clero desde la campaña del general Obregón. Aquí le tenía esos datos a usted. Desde que llegamos a Guadalajara en 1919 empezaron a repartir volantes, diciéndole a los católicos que no acudieran a las manifestaciones a favor del general Obregón, porque era un gran enemigo de la Iglesia y de la religión. En Aguascalientes lo repitieron; también en Morelia, aquí en México, y en Pátzcuaro. Hay hasta unas palabras —las estaba leyendo ahorita en un libro histórico—, unas palabras más pronunciadas en Pátzcuaro, inspiradas por el general Obregón, donde decimos que el general Obregón es un liberal respetuoso de todas las creencias, respetuoso de todos los credos. Aquí lo que pasó es que el general Obregón, cuando entró a México, apresó a unos sacerdotes por ser enemigos de su

causa, y por estarle trabajando al pueblo en contra. Y se los mandó en un tren a Carranza. Pero hizo una cosa muy dura (y me perdonará la señora que lo diga): les hicieron exámenes médicos y muchos de ellos tenían unos certificados donde decía que estaban contagiados de enfermedades venéreas. Y eso, naturalmente no se lo perdonaron nunca al general Obregón, que publicó los certificados médicos.

JW: La Constitución de 1917, en artículos como el tercero y el 130, reglamenta la posición del clero.

LLL: El artículo tercero, creo, el 27 y el 130. Tendríamos que pasar al conflicto religioso. El conflicto religioso lo viví porque yo era secretario de Agricultura del general Calles. El general Calles estaba muy distante de tener algún proyecto de atacar al clero, ni de atacar a ninguna organización religiosa. Pasaba lo contrario; trataba de unificar al país para hacer su obra administrativa, e iba a necesitar de todos los mexicanos para hacer obras de irrigación, hacer caminos, levantar la economía del país como él la levantó, crear el crédito para todas esas cosas. Creo que, temiendo que fuera muy brillante la obra del general Calles y que se impusiera definitivamente la Revolución, los enemigos de él (principalmente los clericales) empezaron a crearle el problema, porque, sin venir al caso, *El Universal*, para enardecer los ánimos, publicó la protesta que habían hecho en 1917 en contra de la Constitución los jefes del clero mexicano en San Antonio, Texas, diciendo que atacaba las creencias de la Iglesia y que no podían permitir, por ejemplo, que fueran nacionales los bienes de las iglesias, y que el clero no pudiera poseer bienes, y que se reglamentaran, etc. ¡Ah!, y también la Constitución prohibía que ejercieran sacerdotes extranjeros, y aquí estaba el clero dominado por sacerdotes españoles y franceses, y de varias otras nacionalidades. Publicaron esa protesta como un desafío, porque era una protesta desconociendo la Constitución. El general Calles se quedó callado. Pero insistieron para provocar el conflicto y como tres semanas después le fueron a preguntar al arzobispo de México, jefe del clero de México, que si era cierto eso. El arzobispo afirmó: "¡Sí señor! Está en vigor nuestra protesta; y el clero de México y los católicos no reconocemos y atacaremos el artículo 3o., el 5o., el 27 y el 130". Y eso de declarar públicamente a un gobierno que no reconocen los artículos de la Constitución, pues es una rebeldía contra las leyes del país. El general Calles les contestó reglamentando el número de sacerdotes que podían profesar y prohibiendo que ejercieran en México sacerdotes extranjeros. Eso fue obra del general Tejeda.

JW: Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación de Calles.

LLL: Sí. También mandó a hacer un inventario: pidió un inventario de los bienes de propiedad de la nación que estaban dedicados al culto. Con esto

los religiosos pusieron el grito en el cielo, formaron la Liga de la Defensa Religiosa y dijeron que iban a establecer un boicot económico. Fracasó el boicot. Hubo un incidente que enardeció más las cosas: el general Roberto Cruz, que era inspector de policía, disolvió una manifestación de señoras muy católicas entre las que iba la dueña de *El Universal*, la señora de Lanz Duret, y varias de las aristócratas de México. Disolvió la manifestación con los bomberos, y les dio un baño, cosa que reprobó el general Calles. Recuerdo que el general Calles decía: "En política nunca pelee usted ni contra las viejas ni contra los muchachos". Entonces se enardeció el asunto y empezaron a trabajar ellos —por la sedición—, a protestar y a alentar a la gente. Fuimos a una controversia religiosa. La CROM, que era la organización obrera más fuerte de aquel tiempo, invitó a la Liga de la Defensa de la Libertad Religiosa a que se discutieran esos asuntos en público.⁷ Hubo cuatro controversias: la primera fue del doctor Puig Casauranc, que era secretario de Educación, por un lado, y por el otro René Capistrán Garza, que era de la Liga de la Defensa de la Libertad Religiosa. A la segunda fui yo, secretario de Agricultura, contra un arquitecto Juan Galindo. Pero al llegar a la controversia tenían allí, como decimos nosotros los mexicanos, "como gallo tapado", al gran orador de ellos, Manuel Herrera y Lasso. Pronuncié mi discurso y cuando le tocaba a mi contrincante, vimos a Herrera y Lasso con el muchacho, pero creímos que sólo lo acompañaba. Cuando le tocó su turno, se paró el muchacho y dijo: "Yo soy soldado disciplinado de mi partido y mis superiores me ordenan que dé un paso atrás y ceda mi lugar al licenciado Herrera y Lasso: y aquí se lo cedo". Entonces fue contra Herrera y Lasso; después hablé yo.

La controversia se publicó y ha sido muy buscada.⁸ Se verificaron otras dos controversias: no se llegó a ningún arreglo; se enardecieron los ánimos y ellos ordenaron a los sacerdotes que abandonaran los templos, para picar a los católicos mexicanos e incitarlos a una "guerra santa", diciendo: "Sí, ya te dejaron sin servicio religioso y sin nada". Y el general Calles, por conducto de Tejeda, ordenó que un grupo de vecinos católicos de cada barrio tomara posesión de los templos, cuidara de los intereses de ellos y abriera a determinadas horas las iglesias para que los creyentes fueran a orar.

Fracasadas las controversias empezaron a levantarse en armas; pero cuando vieron fracasado el movimiento se arreglaron con Portes Gil. Se

⁷ El 4 de febrero de 1926, ver James W. Wilkie, "The Meaning of the Cristero Religious War Against the Mexican Revolution", *Journal of Church and State* 8:2 (1966), pp. 214-233.

⁸ Manuel Herrera y Lasso y Luis L. León, *Controversia: el movimiento revolucionario y el clericalismo mexicano* (Tacubaya, s.p.i., 1926).

arreglaron los jerarcas de la Iglesia, sin importarles los pobres que andaban todavía levantados; esos lucharon hasta que se pudieron rendir, o hasta que los acabaron.

JW: Volviendo un poco hacia atrás, Obregón tuvo un problema en el cerro del Cubilete en 1923, cuando el clero católico y el delegado apostólico consagraron ese cerro en Guanajuato, cuando consagraron la nación mexicana a Cristo Rey.

LLL: El general Obregón se dio cuenta de que habían violado la Constitución, porque ellos, en lugar abierto que no estaba dedicado al culto, en la cima del cerro del Cubilete, dijeron una misa e hicieron todas sus ceremonias. Llevaron mucha gente y consagraron allí la nación mexicana a Cristo Rey. El general Obregón los consignó, pero resultó que el principal culpable del asunto era el delegado apostólico, y lo expulsó; se llamaba monseñor Filippi. Se planteó el problema con los católicos, pero ellos no llevaron el asunto adelante con Obregón.

JW: ¿Estaba la Constitución reglamentada? Los católicos habían violado la Constitución, pero la Constitución no se había reglamentado.

LLL: No, pero la Constitución había hecho suyas las leyes de la Reforma de Juárez; las había hecho constitucionales. Las leyes de la Reforma sí prohíben hacer funciones de carácter religioso en lugares públicos y no consagrados al culto. ¡Por eso! Por ejemplo, aquí violan la Constitución cada vez que salen procesiones con imágenes y todas esas cosas. El pleito de Juárez fue contra el clero, que era el que había dominado el poder económico, social y político aquí en México. Le quitó al clero todas las facultades posibles, porque era el enemigo más grande que tenía él. Usted sabe, por ejemplo, que el clero llegó a acaparar las tres quintas partes de las tierras de México.

JW: Según Lucas Alamán.

LLL: El mismo, que era clerical y según el Barón de Humboldt. El clero era el principal dueño, porque se iba quedando con todas las haciendas y con todas las casas, con muchísimas casas urbanas. En las ciudades era todavía más rico. El arzobispo de México tenía ingresos como unas diez veces más que el presidente de la República. Por eso era que cuando los gobiernos eran clericales, pues les prestaba dinero el clero; cuando eran liberales, no les prestaban, y entonces venía una revolución y les quitaban el dinero los liberales.

JW: ¿Estuvo Calles involucrado con la expulsión, en 1923, de monseñor Ernesto Filippi?

LLL: Creo que por conducto de él la ordenó el general Obregón, porque Calles era su secretario de Gobernación.

JW: Por eso los católicos tenían razón de temer que al llegar Calles a la presidencia, sería peor que Obregón; que se reglamentaría y atacaría a la Iglesia; o a que, si no atacaría, reglamentaría la Constitución.

LLL: Sí, pero esto ya lo hicieron en 1926, cuando Calles tenía año y medio, o dos años, de gobernar. Ya habían visto que Calles no se metía con ellos. Ellos creyeron que era el momento de rehacerse y de volver a tomar el poder.

CALLES Y SU IDEOLOGÍA

JW: Algunos han dicho, especialmente en el extranjero, que Calles era rojo en esos años; que él era demasiado radical. Quisiéramos su opinión. ¿Es verdad eso? Y si es verdad, ¿eso explicaría su posición?

LLL: Calles fue radical y simpatizó mucho al principio con la Revolución Rusa. Pero, ya siendo presidente, cuando en 1924 él estableció relaciones con Rusia y vino madame Kollontai de embajadora y luego vino un polaco [Alejandro de Makar] de embajador, Calles empezó a ver que estos individuos se metían a agitar aquí en México y que trataban de tener hegemonía y controlar las organizaciones obreras; en ese momento Calles se puso en contra de ellos hasta que los corrió, hasta que consiguió que los corrieran, que los expulsaran y que se rompieran las relaciones diplomáticas. Pero Calles, en un principio, fue un entusiasta de la Revolución Rusa, como todos los revolucionarios del mundo. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que era la Revolución Rusa, que una vez que destruyera las resistencias conservadoras para sobrevivir en el mundo debió democratizarse, pero en lugar de eso conservó una dictadura cerrada, como lo es hasta la fecha, donde se priva de todas las libertades a los hombres, pues Calles tuvo que estar en contra de ellos. Al final Calles no era de ellos. Además, Calles, ya en el poder, rectificó muchas de sus antiguas exageraciones radicales, porque los hechos mandan más que los sueños, que las doctrinas.

JW: Nadie puede saber lo que es el poder y de las exigencias del tiempo, o de los cambios que van a venir; y es difícil saber lo que se tendrá que hacer.

LLL: Es indudable que Calles sí le dio un gran poder a la organización sindical de los obreros. La respaldó; era un entusiasta de la organización de los obreros. Hizo obra agraria, bastante, pero con orden. Por eso es que en la actualidad dicen que Calles claudicó en materia agraria, porque Calles no permitía "paracaidistas", no permitía invasiones. Calles quería que eso se resolviera por la ley, y le daba garantías a la pequeña propiedad.

JW: Al entrar a la presidencia, o durante su campaña, Calles tuvo apoyo de dos partes del país: de Sonora y de parte de Felipe Carrillo Puerto, en Yucatán.

LLL: Calles tuvo apoyo de las clases proletarias en todo el país. La candidatura de Calles fue recibida entusiastamente, tanto por los obreros como por los campesinos. Desde que Carranza lo nombró secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Calles se ganó la simpatía de los obreros porque, contra la opinión de Carranza, apoyó la huelga de Orizaba; cosa insólita, porque ningún ministro había hecho eso. Ahí se ganó la simpatía de ellos. En Sonora, era el gobierno de sus amigos, como tuvo en otras partes muchos amigos; y en Yucatán sí fue entusiastamente apoyado por Felipe Carrillo Puerto, que también era muy amigo de él.

JW: ¿Fue Carrillo Puerto muy radical, uno de los más radicales?

LLL: Felipe Carrillo Puerto empezó siendo anarquista; después fue socialista y luego fue un revolucionario muy radical, dentro de la Revolución Mexicana.

JW: ¿No era marxista-comunista?

LLL: Creo que Carrillo Puerto nunca leyó esas doctrinas, pero sí era muy radical, sobre todo defensor de los indios. Conocí muy bien a Felipe, fue un precursor de la Revolución; hablaba muy bien el maya. De joven era arriero: tenía recuas o carros con los que llevaba mercancía.

JW: ¿En la Península?

LLL: Sí. Empezó su propaganda traduciendo la Constitución de 1857 al idioma de ellos y se las leía a los indios para decirles: "Les están violando a ustedes las libertades; aquí la Constitución les da libertades políticas, les da todas estas garantías de los derechos del hombre, y a ustedes se las están violando; los tienen de esclavos aquí". Y así fue enardeciendo el asunto; por eso los indios adoraban a Felipe.

JW: ¿Cuándo hizo él sus traducciones? ¿Antes de la Revolución?

LLL: Antes, en 1905 o 1906. Fue precursor de la Revolución, y estuvo también en contacto con los Flores Magón; por eso era ácrata, anarcosindicalista.

JW: Hablando de estas influencias, se dice que muchas personas creían durante esos años que Calles era un rojo y un bolchevique.

LLL: Sí, todo el mundo lo creía y sus enemigos lo acusaban de estar con el bolchevismo; pero él no fue bolchevique en ese sentido: Calles nunca fue comunista. Él fue revolucionario con tendencias sociales avanzadas, pero las limitó en el gobierno a lo establecido por la Constitución; a la distribución de tierras; a las garantías que otorga la ley; a los sindicatos obreros; a todo eso. La prueba es que después se convencieron de cuál era la doctrina de Calles y la forma de desarrollarla, hasta el mismo embajador Morrow. Calles fue víctima de una gran intriga de algunos americanos, por la Ley del Petróleo. ¿Conoce usted eso?

JW: ¿Quiere explicarlo?

LLL: Sí. Los Estados Unidos tenían de embajador aquí al señor Sheffield,⁹ que era aliado de los petroleros y de los grandes intereses norteamericanos, por conducto de Kellogg y del senador Albert C. Fall, al que después procesaron por un asunto petrolero en los Estados Unidos. Por la cuestión petrolera se fueron calentando las relaciones de México con los Estados Unidos y exacerbándose las pasiones y los intereses. El general Calles veía que los golpes le venían de la embajada norteamericana. Hubo un momento en que Calles le dijo al embajador que le parecía que no era su amigo; que no era amigo de su gobierno. El embajador Sheffield le propuso que para evitar esas cosas tuviéramos un intercambio con él, y nos invitó a comer, en el "San Ángel Inn", a Puig, como secretario de Educación, a Morones, como secretario de Industria, Comercio y Trabajo, y a mí, como secretario de Agricultura. Tuvimos una comida que duró hasta las seis o las siete de la noche en conversaciones. Lo acompañaban dos personas: una era Frank Tannenbaum, que entonces se decía "rojo" (se decía un poco avanzado); y la otra era un secretario, el segundo secretario de la embajada, el que después murió porque se cayó de la escalera en el University Club. En esas condiciones discutí con Puig el asunto de la libertad religiosa. Porque ya estaba el conflicto clerical pidiendo garantías para los católicos y todas esas cosas, diciendo que así no podían tener prestigio en el mundo nuestras instituciones si no tenían garantías los del clero. Con Morones discutí el asunto del petróleo. Y luego, al final, me dijo: "Lo dejé a usted al final, porque usted es el que me tiene más enojado, porque le anda quitando las tierras a los americanos y no se las paga". Le expliqué la doctrina agraria y todas esas cuestiones; realmente creo que tanto Puig como Morones y yo lo convencimos; o cuando menos le ganamos en la discusión; no nos derrotó. Entonces, contra el espionaje del embajador, el general Calles, por conducto de Morones, había formado otra oficina de contraespionaje que sacaba documentos de la embajada, los fotografiaba y los devolvía. A los ocho o diez días me llamó Morones y me enseñó la carta que había escrito Sheffield a Kellogg de nuestra entrevista, donde aparecíamos como unos analfabetas y unos idiotas; y decía de mí: "...y León es el más peligroso de todos, porque es tan ignorante que cree lo que predica".

Con ese contraespionaje, el general Calles obtuvo como quinientas cartas de la correspondencia de Sheffield con banqueros de Wall Street, con los petroleros, donde se veía claramente que no era imparcial; que era favorable a esos intereses. Cuando vino a culminar el asunto, recordará usted que querían desembarcar unas fuerzas en Tampico. En ese momento el ge-

⁹ De 1924 a 1927.

neral Calles buscó a un amigo del presidente Coolidge, a quien Calles había conocido cuando venía de Europa como presidente electo, porque lo había saludado y había conversado con él en la Casa Blanca y le informó: "Dice el general Calles que a usted siempre lo tuvo como a un gran patriota americano, como a un hombre respetable que ha de querer el respeto del pueblo americano, y que cree que están jugando sucio algunos funcionarios de usted que son los que están produciendo esta situación en México. Por eso el general Calles le manda a usted esta documentación para que se dé cuenta de las jugadas que hay en México". Coolidge le puso un cable a Calles diciéndole: "Le suplico no haga nada, ni menos vaya a publicar nada de esto. En un mes le resuelvo el problema".

JW: ¡Y así lo hizo!

LLL: Quitó a Sheffield y mandó a Morrow, que traía otra ideología, otra manera de pensar, otro programa, y que entendía todos nuestros problemas muy bien, y quien nos ayudó mucho.

15 de enero de 1965
Ciudad de México

JW: Nos quedamos en los últimos años de 1920, y en esta ocasión quisiéramos hablar acerca de la influencia de Dwight Morrow. Se ha dicho que sus puntos de vista tuvieron mucha influencia sobre el general Calles. ¿Conoció usted al señor Morrow?

LLL: Sí. El señor Morrow era un hombre culto, era un buen hombre. Tenía una orientación diferente a la de Sheffield, porque quería ser amigo de México y de los mexicanos. Él empezó a relacionarse con los mexicanos y a querer conocer todas las clases sociales; no trató exclusivamente a los elementos capitalistas de México sino a toda clase de mexicanos. Visitó los pueblos principales de México, las ciudades de México. Iba a los mercados, observaba los productos que se vendían allí; estudiaba la economía del país; en fin, quiso interiorizarse de lo que era México y procuró ayudarlo. Con el general Calles tuvo largas pláticas, en las que el general le explicó, como presidente de la República, el programa que desarrollaba. El señor Morrow demostró tener una gran comprensión de la Revolución Mexicana e hizo una política de amistad hacia México, que sirvió de mucho para mejorar las relaciones que estaban un poco distanciadas por las anteriores formas de comportarse del secretario de Estado y del antiguo embajador Sheffield. Es cuando México inaugura verdaderamente la política del buen vecino con Estados Unidos, la que después vino a establecer en forma más clara y más completa el presidente Roosevelt.

JW: Muchas personas han dicho, por ejemplo Marte R. Gómez,¹⁰ que con Morrow vino un cambio: la Revolución hizo un viraje conservador y hubo un cambio muy grande en la trayectoria de la nación.

LLL: No comparto esa manera de pensar de mi compañero Marte R. Gómez, porque lo que hubo fue una comprensión de la Revolución Mexicana por parte de los gobernantes de los Estados Unidos. Naturalmente, cesó un poco la demagogia revolucionaria de México para entrar a una política más constructiva. Desgraciadamente en México se ha exacerbado mucho el espíritu antiamericano que han conservado por mucho tiempo y han cultivado los extremistas, al grado que ahora todos los grupos comunistas o comunistoides hacen su propaganda, no en la bondad de su sistema en Rusia, sino en su odio, en su oposición a los Estados Unidos. Tanto el general Calles como los revolucionarios constructivos no hemos participado de esa política. Claro que nosotros defendemos la soberanía, la integridad y la autonomía de México, pero comprendemos que en el mundo actual no puede uno ponerse como en tiempos de los ministros de Juárez, que pregonaban una política de "encerrarse en su torre de marfil". Ahora hay que vivir en contacto con el mundo. Y nosotros, siendo geográficamente vecinos de los Estados Unidos, no podemos hacer una política de oposición o de desafío a los gobiernos americanos. Y el estadista mexicano inteligente debe procurar, como han procurado los últimos presidentes de México, que, sin ofender para nada la soberanía y la dignidad de México, se establezcan las mejores relaciones y se obtengan los mejores resultados en nuestras relaciones internacionales para México y para los Estados Unidos.

JW: ¿Cree usted que Calles, siendo norteco, tenía una animosidad en contra de los Estados Unidos, al venir del norte para tomar el mando de la nación? En el norte siempre hay exacerbaciones y problemas en la frontera.

LLL: Con respecto a los elementos conservadores e imperialistas de los Estados Unidos, el general Calles tuvo siempre una gran desconfianza. Siendo gobernador de Sonora, hizo maniobras muy fuertes para procurar fraccionar los latifundios de propietarios norteamericanos; pero él no tenía animosidad contra el pueblo ni el gobierno de los Estados Unidos; sólo contra los intereses que, amparándose en el gobierno americano, desarrollaban una política colonialista aquí en México (imperialista), y explotaban indebidamente los recursos del país y a la gente de nuestro pueblo.

JW: Al llegar Calles a la presidencia, ¿pensaba él en reglamentar la situación de las compañías extranjeras? ¿Quería expropiarlas? Por ejemplo, en el caso de las compañías texanas.

¹⁰ Cfr. su entrevista en Wilkie y Monzón Wilkie, *México visto en el siglo XX*, pp. 90-91, 104.

LLL: El general Calles pretendía imponer los principios de la Constitución, estableciendo el dominio de la nación sobre los terrenos del subsuelo, las riquezas del subsuelo, las riquezas minerales, el petróleo. Y quería establecerlo en forma tal que las compañías petroleras aceptaran regularizar su situación por medio de concesiones, como lo establecía la ley petrolera. Las grandes compañías no querían admitir ese principio, porque querían seguir sosteniendo que ellos eran propietarios de esos elementos, porque se habían organizado de acuerdo con la legislación anterior de México: la Constitución de 1857. El pleito se inició desde el tiempo de Carranza, después siguió con el general Obregón e hizo crisis con el general Calles. El general Calles cambió notas muy fuertes con el Departamento de Estado, porque estaba haciendo una ley petrolera que establecía sin lugar a duda el derecho de México a sus riquezas naturales del subsuelo. Fue cuando culminó con la nota Kellogg, que contestó el general Calles, cuando la amenaza de invasión de Tampico. En ese momento fue cuando el presidente Coolidge comprendió en parte la razón de México, evitó esa hostilidad tan fuerte y no utilizó las fuerzas de los Estados Unidos en contra del pueblo mexicano; quiso un arreglo pacífico, más civilizado y mandó al embajador Morrow. El hecho de que el general Calles no haya peleado con Morrow, siguiendo ese sistema de antiamericanismo "cerrado y ciego, y que en su lugar haya procurado ser amigo de los Estados Unidos a través de Morrow, revela su habilidad de gobernante y su inteligencia de mexicano, al evitarle daños a su país con no declarar una guerra. Porque siguiendo esa doctrina de antiamericanismo cerrado, ¿qué querían? ¿Que el pueblo de México desafiara a los Estados Unidos, o les estuviera tirando constantemente pedradas? ¿O que se arreglaran con Calles para llegar a las relaciones actuales de amistad y de colaboración entre los dos pueblos? Creo que eso fue un gran éxito del general Calles y no merece la crítica de los cerrados antiyanquis y antimperialistas, que quieren buscar en eso un paso hacia atrás del general Calles. El general Calles no dio un paso atrás nunca en sus principios y procuró ser un gobernante dispuesto a aceptar la amistad que le ofrecían los Estados Unidos.

JW: ¿Es verdad que Calles giró instrucciones a Cárdenas, en la Huasteca, para que le prendiera fuego a los pozos petroleros, con el objeto de evitar que los gringos capturaran los pozos en el caso que invadieran México?

LLL: Cuando hizo crisis esta situación,¹¹ como dije antes; cuando en lugar de que los Estados Unidos nos presentaran una oportunidad para entendernos con ellos, arrastrados por los falsos informes del embajador Sheffield pretendían invadirnos, el general Calles sí tomó esa determinación. El gene-

¹¹ En septiembre de 1911.

ral Cárdenas era el jefe militar de la zona de Tuxpan y le dio esas instrucciones, diciéndole más o menos lo siguiente (de un telegrama que yo leí): "Probablemente habrá un desembarco de fuerzas americanas muy superiores en fuerza y en número a las de usted. No empeñe una batalla, que sería perdida. Pero sin perder el contacto con el enemigo, vaya retirándose gradualmente, incendiando los pozos y destruyendo todas las propiedades petroleras, para que el ejército invasor encuentre sólo tierra quemada".

JW: Usted era en esos años secretario de Agricultura.

LLL: Recuerdo como una cosa de ese momento que, volviéndose a nosotros, cuando nos leyó el telegrama, el general Calles dijo: "Vamos a hacer una cosa histórica: vamos a hacer un incendio que les va a iluminar Nueva Orleans".

JW: Al hablar de nacionalismo, de reglamentar la situación petrolera, de expropiar la tierra para repartirla; de formar una nación fiel a los principios de la nación misma, hay algunos que dicen que al llegar Morrow vino con una sonrisa suave para hacer lo que quería; para convencer a Calles de una manera diferente, y para hacerlo cambiar de opinión; para que Calles arreglara los problemas, porque Calles sí tomo resoluciones para suavizar la situación petrolera, y puso otra vez el tapón sobre esa situación, que explotó luego en 1937.

LLL: No. El general Calles no retrocedió en los principios. Tuvo una política amistosa que desarrolló con los Estados Unidos, puesto que eso vino a ofrecerle el embajador Morrow. La prueba es que el general Calles expidió la ley petrolera, que fue la base con la cual hizo la expropiación el general Cárdenas. Si el general Calles hubiera retrocedido o claudicado en los principios, no habría tenido esa base legal el presidente Cárdenas para hacer la expropiación. Además, todas las cosas de los gobiernos son relativas a las circunstancias que los rodean, y a las determinaciones que puedan tomar. Calles no podía hacer la expropiación en aquel tiempo porque hubiera sido invadido el país; porque no estaba Roosevelt en el poder; porque no estaban amenazados los Estados Unidos con la Segunda Guerra Mundial; porque no tenían todos los intereses puestos en defenderse de un enemigo superior, cosa que ocurrió cuando la expropiación de Cárdenas. Si Calles lo hace, lo que habría hecho es exponer a su país a una invasión y a perder una guerra porque éramos mucho más débiles que los americanos haciendo una cosa, creo, de falta de seso y de responsabilidad. Calles manejó la situación con patriotismo, con inteligencia y de la mejor manera que pudo.

Cuando Cárdenas aprovechó esas otras circunstancias creo que hizo bien, si la meta de nosotros era nacionalizar nuestras riquezas; pero el general Calles no lo habría podido hacer. Los hombres que hablan de comparar una situación con otra no toman en cuenta las circunstancias existentes en una y en la otra.

EL PROBLEMA AGRARIO

JW: Morrow vino a México con muchas ideas de crear una estabilidad: quería suavizar el problema del petróleo, el de la agricultura, el del establecimiento de sentar una base, de no expropiar sin remunerar el valor de las tierras. Usted, como secretario de Agricultura, ¿trató con Morrow sobre este asunto?

LLL: Muchas veces lo traté con el señor Morrow. El señor Morrow era muy inteligente, muy culto, muy preparado en todas esas cuestiones. Conocía la resolución del problema agrario en diversas partes del mundo, y daba una conferencia sobre la forma de resolver el problema que había habido en Irlanda, en Rumania, en distintas partes del mundo, en distintos países. Morrow justificaba la acción de la Revolución en querer destruir el latifundismo y liquidarlo para crear la pequeña propiedad y la explotación ejidal, liberando a los campesinos de la esclavitud y poniéndolos en posesión de pedazos de tierra donde pudieran labrarse con su trabajo el porvenir de ellos y el de sus hijos. Consideraba justificado el programa agrario de la Revolución; pero, al terminar con su conferencia, siempre decía: "Sí señores, ustedes tienen todo el derecho y toda la razón para hacer eso; pero paguen las tierras", y riéndose continuaba: "cuando menos las de los norteamericanos". Ése era el problema esencial de él. Nosotros replicábamos que se pagarían de acuerdo con la ley; que se iban a expedir bonos, y que con los bonos se pagarían las tierras. Era aquí cuando Morrow contestaba que los bonos eran "waste paper".

Eso era lo único que discutía Morrow: pedía la indemnización. Pero nosotros seguimos afectando las tierras, aun las de los americanos, a donde a veces se ha llegado por procedimientos laterales a indemnizar a los propietarios. En otros casos no se ha llegado a indemnizar todavía a propietarios de tierras en México.

JW: Si Morrow pedía el pago en efectivo por las tierras expropiadas, ¿eso no quería decir que estuviera pidiendo un freno a la reforma agraria? Porque México no tenía muchos recursos en esos años.

LLL: Sí. Él quería un procedimiento especial para norteamericanos, lo que nosotros no pudimos aceptar. Pero el embajador lo pedía, porque él se inspiraba en las ideas del derecho internacional que él profesaba. Morrow creía que en cualquier país se puede expropiar la propiedad, siempre que haya una indemnización.

Fue una gran discusión la que hubo en México por el problema agrario sobre la interpretación de la ley. Porque los Estados Unidos querían que el artículo 27 dijera que se expropiaban las tierras, "previa indemnización"; es

decir, con una indemnización anterior; y la Constitución dice que, "mediante indemnización", pero no dice si inmediatamente o posteriormente. Nosotros, que no teníamos elementos para poder pagar las tierras, si no hacemos radicalmente lo que hicimos no hubiéramos podido resolver el problema agrario. Interpretamos "mediante indemnización", y se estableció que se harían emisiones de bonos, y que con los bonos se indemnizaría oportunamente a los terratenientes afectados.

JW: Usted nos habló mucho de su educación en la Escuela de Agricultura en donde ustedes proponían una gran expropiación de tierras, o de fraccionar haciendas. ¿Puede explicarnos los problemas de la circular 51 de Obregón? ¿En qué año fue eso?

LLL: ¡Ah! Es una circular que escribió Marte R. Gómez: es una circular colectivista. Eran los momentos de una exacerbación del sentimiento agrarista de generaciones muy jóvenes que tenían exaltados sus sentimientos agraristas, y la circular 51 está inspirada en las primeras noticias que nos llegaron de Rusia sobre la expropiación colectiva de la tierra. Efectivamente, tenemos muchas partes en que las parcelas agrícolas de los campesinos, de los ejidos, son muy pequeñas; en que una sola parcela no podría sostener a una familia, ni podría explotarse individualmente en determinados cultivos, porque no podríamos conseguir el progreso de la técnica agrícola; no podríamos mecanizarla porque no iba a tener cada campesino para cinco hectáreas un tractor; ni podríamos implantar los procedimientos modernos. El ejemplo de Rusia era ofrecer el colectivismo agrario, es decir, que se explotara por la colectividad todo el terreno en conjunto, y no individualmente cada parcela, lo que en aquel momento parecía fácil. Además, fue una circular que desobedecía las leyes de México, porque les daba a los campesinos el derecho de tomar la tierra sin otras medidas ni otros trámites. Produjo invasiones de terrenos, porque los campesinos así lo entendieron, tanto en Tepic como en Durango; invasiones que el general Obregón, que era el responsable del gobierno y que sentía la responsabilidad del gobernante y la responsabilidad de la ley, no las permitió porque hubiera derrumbado la moral de su autoridad frente a todo el mundo. Y los sacó con las fuerzas federales y canceló la Circular 51, que había sido expedida sin acuerdo del general Obregón. Ahora nosotros hemos hecho muchos experimentos en la explotación colectiva, principalmente desde el general Cárdenas para acá. El agrarismo del general Cárdenas ya está muy influenciado por el agrarismo ruso; ya no es el agrarismo mexicano. El agrarismo mexicano es el agrarismo de nosotros, los que pudiéramos llamar los ortodoxos de la Revolución Mexicana; los cardenistas ya lo injertaron de la Revolución Rusa hablando del colectivismo, siendo enemigos de la pequeña propiedad, a la que ven

como enemigo y quieren borrar. Para la Constitución mexicana, las dos conquistas grandes de la Revolución Mexicana para disolver el latifundismo son: el ejido en los pueblos y la pequeña propiedad, fraccionando los latifundios. La pequeña propiedad apenas si existía antes de la Revolución, porque las haciendas absorbían todas las tierras. La pequeña propiedad se ha venido a crear y a sostener por la Revolución. Así es que las dos conquistas de la Revolución son el ejido y la pequeña propiedad.

Hay circunstancias que permiten al ejido explotaciones por medio de cooperativas, pero no en forma del colectivismo ruso que es la esclavitud de "los campesinos; porque están forzados a ser colectivistas; porque están forzados a trabajar en común, y en el fondo no son más que peones de una empresa del gobierno. Porque un gobierno que les dice qué deben sembrar, que les establece su sistema de cultivo y les da una cuota de producción y después fija los precios a que compra esa producción, hace esclavos a los campesinos, porque no tienen derecho a tener iniciativa de sembrar otra cosa con que puedan procurarse una mayor ventaja; porque además están sujetos a que el gobierno les suba o les baje los precios según le convenga.

Si usted estudia bien la agricultura rusa, verá que con la esclavitud y la explotación de los campesinos han pagado y están pagando la industrialización de Rusia manteniendo casi al borde del hambre a los campesinos; apenas dejándoles con un margen de vida para que puedan subsistir, pero no para que puedan prosperar. Los campesinos están pagando la industrialización de Rusia, el armamento de Rusia y la propaganda a través del mundo del comunismo. Es el hambre de los campesinos rusos y la explotación de los campesinos rusos lo que está pagando todo eso, por una dictadura que se lo impone.

Nosotros no queremos para México eso; y por eso nosotros defendemos iguales garantías para la pequeña propiedad y para los ejidos.

Dentro de los ejidos hay un problema: el problema interno de buscar la independencia económica y política del campesino: donde se pueda darles su parcela para que la exploten como pequeña propiedad, debe hacerse; donde tengan que unificarse en una explotación cooperativa, debe haber una ley, la que siempre hemos procurado nosotros que exista, pero que desapareció desde el tiempo del general Cárdenas, la de garantía individual: de su derecho a la tierra del campesino. Precisamente yo, siendo secretario de Agricultura y respaldado por el general Calles, expedí una ley en 1925, que se llama "El patrimonio familiar ejidal", haciendo una ley del patrimonio de familia y la parcela ejidal; no era una propiedad individual sino era una tenencia de toda la familia para que fuera (como tenía que ser) invendible, porque nosotros no podíamos dar la propiedad personal, teníamos que

darles una seguridad de que no vinieran con un acuerdo de una asamblea y les quitaran a los campesinos su parcela. Naturalmente que de este agrarismo, que le da garantías individuales al campesino o a la familia, son enemigos los líderes políticos. Porque los líderes políticos manejan más fácilmente a campesinos sin derechos que a pequeños propietarios; porque al pequeño propietario, o al campesino ejidal, al ejidatario que se siente dueño firme de la posesión de la tierra o de sus derechos a la tierra, aunque explotada cooperativamente, no lo arrastran tan fácilmente como al campesino que tiene que seguir al líder porque del último depende la posesión de la tierra, su vida. El campesino sabe que si no obedece al líder y si no va a las manifestaciones, o si no va a votar como quiere el líder, o a defender los intereses del mismo, le quitan la tierra y lo dejan en la miseria. Y ésa es la razón, no social sino más bien política, de que defiendan tanto al colectivismo, y que se esmeren tanto porque el campesino no tenga verdaderamente un arraigo en la tierra y una seguridad de la posesión de ella. Eso ha hecho que no progrese la agricultura ejidal en muchas regiones; el hombre que no tiene seguridad en la tierra no invierte todo lo que tiene en la tierra; tiene miedo de que se la quiten. Esos hombres, que no se sienten arraigados a su parcela, que se sienten amenazados de su posesión, no siembran árboles, no hacen edificios rurales, no mejoran la tierra, hacen una agricultura ladrona, que saca de la tierra todo lo que puede sin devolverla, sin nivelarla, sin hacerle mejoras, sin procurar que aumente la productividad, porque se sienten como pasajeros provisionales sobre la tierra, no como fincados en ella. Ésa es la diferencia enorme entre el agrarismo mexicano y el agrarismo ruso.

JW: La Ley de patrimonio familiar ejidal que ustedes expidieron en 1925, ¿fue una reacción en contra de la Circular 51?

LLL: Fue una reacción en contra de la situación. La Circular 51, volvamos a decirlo, fue pasajera porque nunca estuvo en vigor. El general Obregón inmediatamente la quitó, en cuanto empezaron a invadir las tierras. Fue una cosa teórica; pero no fue una cosa que efectivamente tuviera influencia en la situación agraria de México. La ley que nosotros expedimos, la del patrimonio familiar ejidal, fue una reacción contra la situación que se estaba creando. La Ley del 6 de enero decía que se les entregarían los terrenos a los pueblos, a todo el pueblo, mientras una ley reglamentaria dijera en qué forma se usarían los terrenos; no se había establecido cómo. Sin embargo, con la tendencia a la pequeña propiedad que tiene el campesino mexicano, que es individualista, entregaban los ejidos y se dividían sus parcelas y cada cual se ponía a cultivar en su parcela. Fue cuando vinieron los abusos de los líderes con los campesinos: el campesino que trabajaba y componía mucho su parcela estaba amagado a que le gustara al líder y que con cualquier

pretexto lo echara fuera de la parcela y le diera otra en otro terreno para que fuera a abrirla y a componerla. Y el líder se quedaba con la buena o se la daba a un familiar. Igualmente, por cuestiones políticas o por cuestiones personales entre ellos, quitaban y corrían de las parcelas a la gente que no les convenía o que no seguía sus órdenes. Hay inseguridad dentro del ejido para los campesinos, y para corregir eso nosotros hicimos el patrimonio familiar; en la exposición de motivos de la Ley lo dice claramente.

JW: ¿Cree que en el pasado de México haya existido un colectivismo indígena que data desde los días precoloniales?

LLL: Sí, hay un colectivismo primitivo. Precisamente aquí se produce el choque entre los hombres del norte y los del sur. Los del sur tienen mucha tradición indígena. Los del norte, donde había poca población indígena, fueron colonizados por españoles que avanzaron sobre los desiertos creando poblaciones. Casi toda la mezcla que hay allá es poca; porque la hubo con pieles rojas, con apaches, con los indígenas que vivían allí. Algunos se pacificaron (quedaron algunos pueblos de apaches que se pacificaron) y hubo cruzamiento con los españoles. En el fondo el norte fue colonizado por españoles que eran individualistas, que llevaban la pequeña propiedad en la mente; por eso está más desarrollado el individualismo en el norte que en el sur.

En el sur están muy acostumbrados, o estuvieron cuando menos mucho tiempo acostumbrados al cacique, a que los mandara el cacique. En el norte son más independientes, tienen más personalidad, más individualismo. Por eso el norte sí creyó en la pequeña propiedad de Madero para acá; todos los hombres del norte creyeron en la pequeña propiedad. En el sur adoran más al ejido, porque reproduce los viejos cacicazgos en que el comité ejidal es ahora "el cacique" que manda a los del pueblo, como antes los mandaba el cacique indígena.

En México había en aquellos tiempos prehispánicos varias formas de propiedad de la tierra: en primer término la tierra de la corona, la que tenían que cultivar sin cobrar por la labranza para que los productos fueran del rey; la tierra de los nobles y los guerreros; y el calpulli, que era una especie de ejido alrededor de los pueblos, en donde cada año se distribuían sus parcelas entre las familias que existían; era tierra de todos y no era de nadie. De ahí viene esa tradición.

El triunfo de la política agraria ejidal se debe principalmente a que en el tiempo de Francisco I. Madero no se hizo gran cosa en la cuestión ejidal. Los pueblos, que ya soñaban con la reivindicación de la tierra, tenían una ansiedad enorme: la que produjo el zapatismo. Desesperados, algunos agraristas, de que nada se hacía, quisieron volver al ejido pidiendo que si no se fraccionaban los latifundios cuando menos se reivindicaran las tierras de

los pueblos que les habían sido arrebatadas a los campesinos: las tierras ejidales; que se las dieran, no por dotación sino por restitución histórica.

El agrarismo de los maderistas hizo explosión con un famoso discurso de don Luis Cabrera: "Mientras se acuerdan cómo se fraccionan los latifundios, entreguemos las tierras a los pueblos que las tuvieron antes", y puso de ejemplo los pueblos que habían sido despojados de tierras aquí mismo, en el Distrito Federal; allí nació el agrarismo.

Ahora bien, cuando la Revolución triunfó después de 1913, casi todos los hombres armados campesinos eran los antiguos peones de las haciendas y pidieron las tierras. México no tenía con qué pagarlas; los hacendados se habían jugado su carta en el bando contrario, era un botín de guerra y los campesinos fueron ocupando las haciendas. La forma única de solución era concederles el ejido; no se podía hacer el fraccionamiento porque no había con qué indemnizar, ni ellos tenían con qué cultivarlo. De ahí se precipitó la forma ejidal, la que tiene muchas ventajas, principalmente porque no expone a que por falta de defensa de las pequeñas propiedades se vuelvan a constituir los monopolios de la tierra, haciendo que el pequeño propietario mal preparado venda o se deje embargar, etc. Ahí se vino la política ejidal. Pero ha sido muy fomentada por los líderes políticos porque el campesino, inclusive el líder del ejido, siente que para defenderse tiene que aliarse con el líder político de la localidad y por consiguiente es más fácil mandar masas de ejidatarios que a pequeños propietarios.

JW: Ustedes querían poner énfasis en la repartición de la tierra y en la individualidad del hombre durante el periodo de Calles. Vino una crisis, como Marte R. Gómez ha escrito, una crisis que sufrió la reforma agraria entre 1928 y 1934. En esta crisis hubo una disminución en la repartición de la tierra y Calles creía que tal vez sería mejor buscar otro tipo de inversión, la inversión en infraestructura, ¿puede usted explicarlo? Dice que Calles, al regresar de Europa en 1930, y después de todas sus pláticas con Morrow acerca de la estabilidad en el ramo de la agricultura, ya tenía tendencias que no tenían nada que ver con el agrarismo; quería hacer un México nuevo.

LLL: No. Esa interpretación la han hecho los que abandonaron al general Calles para justificarse. Porque ellos hicieron esa pelea contra Calles cuando Calles cayó; no se la hicieron cuando Calles estaba en el poder. En cambio, nosotros le dimos la pelea a Cárdenas cuando él era presidente de la República y soportamos las consecuencias.

Naturalmente que todos los que abandonaron a Calles eran callistas; todos los que tenían poder eran callistas, y alababan y exaltaban al general Calles. Pero una vez que cayó, todos se volvieron en contra de él y tuvieron que buscarle defectos a su política y defectos personales a Calles para justifi-

car su nueva situación. Calles no había cambiado sus ideas radicales de agrarista; Calles estaba reaccionando contra el fracaso que había en los ejidos por demagogia; contra el fracaso de los ejidos que estaban alquilando sus parcelas, que no las estaban cultivando los campesinos; contra la explotación de los campesinos por los comités ejidales. Calles dijo en sus declaraciones: "Nos ha fallado el elemento humano". Luego Calles enderezó una política que posteriormente le han dado el nombre de "agrarismo integral". Él principió a considerar que no era resolver el problema agrario entregarle la tierra a los campesinos sin elementos porque acaban cultivándola mal o dejándola sin cultivar, o alquilándola. Acto seguido, Calles comprendió que había que darle elementos al campesino al entregarle la tierra, tanto de instrucción técnica como de elementos de crédito para que la reforma agraria fuera efectiva.

Ciertamente esta política disgustó a los más ardientes agraristas, no de Calles sino de gente posterior a Calles. La disminución de la distribución de las tierras vino con Ortiz Rubio. Y vino con Ortiz Rubio porque se dejó sugestionar por elementos que no eran agraristas, pero no fueron de Calles, por elementos de derecha, como su ministro de Hacienda que era don Luis Montes de Oca; por elementos de esa categoría. Naturalmente que todos los errores de esos gobiernos se los achacaron a Calles, porque creían que Calles era quien los mandaba. En aquel tiempo, Calles nos dijo una vez: "Mi situación actualmente es muy difícil porque todos los errores que cometen esos señores van a ser de Calles; y todos los éxitos van a ser de ellos".

Ortiz Rubio, que sí tenía esas ideas, de dar por terminada la reforma agraria en varios estados, aminoró la velocidad con que se resolvía el problema agrario. Después de Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez empezó otra vez a repartir tierras, porque él fue el que creó el Departamento Agrario Autónomo.

Todos esos cambios en la política agraria de detención del problema o agrario produjeron naturalmente ansiedad en el campo, en los campesinos. Después se produjo el clima y la ansiedad política —ese descontento— que aprovechó el general Cárdenas. El general Cárdenas se fue al otro extremo a decirles: "Todo para los campesinos". Y de ahí empezaron a cometerse errores muy serios en el asunto agrario que ahora estamos pagando. Se olvidaron de hacer mediciones topográficas exactas y de deslindar los ejidos; se inició un maratón para ver quién daba más tierras. Se daba el ejido y se levantaba el acta sin deslindar, encimando unos ejidos con otros, la que provocó pleitos entre los ejidatarios por falta de linderos: todos se creían con derecho a la misma tierra. Se provocaron pleitos con esos ejidos mal organizados en que un campesino tiene un pedazo de tierra aquí y otro pedazo a diez kilómetros de distancia, y cosas así.

Entró el desorden, pero efectivamente se contentó un poco a la masa campesina y se repartieron muchas tierras. Hasta hace poco se han ido corrigiendo esos defectos. No critico esa política, pero tampoco creo que merezca esa crítica el general Calles.

JW: ¿Cree usted que Calles cambió de opinión después de su viaje a Europa, acerca de la necesidad de crear en México una nación de pequeños propietarios?, ¿o tenía esta idea desde sus días en el norte?

LLL: El general Calles siempre fue partidario de la pequeña propiedad. Todos los hombres del norte, como Obregón, fueron partidarios de la pequeña propiedad; como Carranza, como Madero, todos los hombres del norte tenían fe en la pequeña propiedad. Si ahora usted recurre a las estadísticas, verá que a pesar de haber repartido 40 millones de hectáreas, lo que está alimentando al pueblo de México principalmente es la pequeña propiedad, porque la producción ejidal no está tan bien organizada como debiera estar. La doctrina mexicana agrarista le pone un límite a la pequeña propiedad; es lo que se llama "la pequeña propiedad inafectable": de cien hectáreas de riego, de 200 hectáreas de temporal, de 500 hectáreas de pastizal, etc. La doctrina mexicana, la meta de la doctrina mexicana, es reducir todos los propietarios de tierra a esas medidas, a esas extensiones; y el resto es lo que se debe repartir y crear los ejidos o fraccionarlos en colonización. Pero los agraristas "muy avanzados" (como se dicen), acaban de proponer en un congreso reciente que se reduzca la pequeña propiedad a 50 hectáreas, o a 25 hectáreas de riego. Es claro que sería muy fácil recoger la mitad de lo cultivado por el esfuerzo de los pequeños propietarios, porque ya no son los hacendados; o las tres cuartas partes de lo cultivado y repartirlo libremente a los ejidatarios. Pero eso no sería constructivo ni daría base a la economía de México, porque nadie, ningún capital privado volvería a invertir un peso en la tierra mexicana, porque no sabría a qué atenerse. El agrarismo mexicano tiene por norma reducir todas las propiedades a la pequeña propiedad y repartir el resto. En eso estamos todos de acuerdo: darle garantías a la pequeña propiedad para que invierta su trabajo y su dinero el pequeño propietario, con la seguridad de que va a gozar él de su esfuerzo; y darle garantías al ejidatario en el ejido, para que igualmente sepa que está seguro en la posesión de la tierra y que nadie le podrá arrebatarse lo que él produzca.

EL DISTANCIAMIENTO ENTRE CALLES Y CÁRDENAS

JW: Esa actitud que ustedes tuvieron a fines de 1920 andaba un poco fuera de su tiempo, porque en los Estados Unidos, en 1929, vino una depresión, y

muchas personas creían que ya Wall Street se había acabado; que ya sería mejor buscar a la Unión Soviética para observar su experimento en la tierra. En todo el mundo existía un clima de colectivismo, por la experiencia rusa. También en México hubo una presión en el centro del país para acabar con la política nortea, porque ya tenían muchos años en el poder, y al surgir Cárdenas como candidato para la presidencia, él pertenecía al centro del país. Al regresar Calles de Europa ya el clima había cambiado y muchos pensaban en un indigenismo romántico. Pensaban que si pudieran recrear a México en el nombre de esa democracia de las épocas precoloniales; si pudieran hacer ejidos y un experimento, la vida sería mejor. ¿Cree usted que la lucha entre Calles y Cárdenas era inevitable en ese ambiente?

LLL: Creo que la lucha entre Calles y Cárdenas la provocaron principalmente todos los elementos que a través del tiempo se habían ido quedando descontentos con Calles. Porque usted, como un líder político, no puede quedar bien con todos. Si cinco quieren ser gobernadores de un estado no lo puede ser más que uno, cuatro quedan resentidos porque creen que usted los debió hacer gobernadores. Otra cosa que le quitó fuerza a Calles entre los políticos fue el establecimiento de la "no reelección" de diputados y senadores. Porque, naturalmente, el político es amigo del que le abre la puerta, no del que se la cierra. Y él le cerró la puerta a una mafia; a una camarilla que se estaba perpetuando en el poder constantemente. Porque eso eran: se ligaban con los cacicazgos locales y se perpetuaban allí; porque se reelegían los diputados locales y los ayuntamientos, y acá los senadores y los diputados; y todos formaban un conjunto de políticos que se protegían unos con otros. Esto levantó mucho disgusto en el pueblo, y Calles orientó al Partido a que votara la "no reelección" para hacer una reforma en la Constitución en 1933, en la Convención de Aguascalientes del Partido, a la que yo fui. Toda esa gente no pudo decir nada; ni dijo nada contra Calles. Pero en el fondo quedó resentida, y cuando el general Calles tuvo el choque con Cárdenas, pues fueron los primeros que se alistaron con Cárdenas y empezaron a atacar a Calles.

Además, había en el fondo otro motivo de distanciamiento con Calles; Calles se adelantó en mucho a su tiempo: Calles empezó a usar a los técnicos y a querer poner a los hombres preparados en los puestos. Naturalmente eso eliminaba a los políticos y también producía mucho descontento. Por ejemplo: en los ferrocarriles puso a un ingeniero técnico de ferrocarriles que empezó a restringir los desmanes que a veces cometían algunos ferrocarrileros y las grandes demandas que planteaban. Naturalmente se le echó encima el gremio de ferrocarrileros. Calles quiso hacer un gobierno para un pueblo más avanzado. Creo que ése fue su error.

Cárdenas, que exaltó demagógicamente los sentimientos de los campesinos y de los obreros, echó a todos esos elementos en contra de Calles. Porque hay que estudiar bien cómo fue el proceso de Cárdenas. Cárdenas estuvo un sábado con el general Calles analizando la situación de la República, en Cuernavaca, en la casa del general Calles. El general Calles le dijo: "A mí no me asusta ningún programa revolucionario, obrerista o agrarista por exagerado que sea, o por violento que sea. Pero, contrólole usted, que sea el gobierno el que lo maneje; no se deje manejar por los líderes. Y aquí están brincando, haciéndole huelgas locas y produciéndole desórdenes que van a acarrear un quebranto en la economía del país. Creo que usted debe manejar ese movimiento y no dejar que estos líderes lo manejen". Igualmente, sobre la cuestión agraria, le dijo: "Ellos están provocando un movimiento de quebranto de la economía rural, de la economía agrícola del país, que va a traer por consecuencia la elevación del precio de los alimentos y, por consiguiente, más descontento popular".

El general Cárdenas le respondió: "Pues ayúdeme usted, general, ayúdeme a orientar eso". Y el general Calles le contestó: "El martes vienen aquí los diputados y senadores de las alas izquierdas (en que habían dividido ya la Cámara, en alas izquierdas), y con ese motivo haré unas declaraciones. Y el general Calles hizo unas declaraciones enérgicas sosteniendo eso, pero cometiendo un error: el error de no corregir personalmente las declaraciones como lo hacía siempre él, sino que se las encomendó a uno de los que iban allí, a Ezequiel Padilla. Y en esa declaración, que expresa el pensamiento del general, hay partes vagas, no concisas, en que no se sabe si ataca a los líderes o al sindicalismo; cosa que se puede interpretar como que ataca a los desmanes, no de los líderes sino del sindicalismo; no de los líderes, sino del agrarismo. Y de eso se valieron. Y como le pusieron un tono magisterial a las declaraciones, cosa que no hubiera hecho el general Calles si las corrige personalmente, inmediatamente todos los políticos que querían alejar el poderío de Calles para dominar ellos la situación empezaron a presionar al general Cárdenas diciéndole: "Calles lo quiere mandar a usted; quiere aparecer como que él lo manda, como que él es la autoridad suprema. No se deje usted atropellar en sus facultades de presidente. Además, usted tiene su propia personalidad; usted no necesita del respaldo de Calles: sea usted el presidente".

Y le picaron el amor propio. Cárdenas mandó recoger las declaraciones en *El Nacional*; en otros periódicos se publicaron.¹² Y Cárdenas hizo unas declaraciones dos días después rechazando las del general Calles. Procedi-

¹² Se publicó la declaración el 12 de junio de 1935.

miento muy político si se quiere creer que la política es ésa; pero que en la situación de las relaciones personales que tenían debió haber provocado antes una aclaración con el general Calles. Y el general Calles hubiera rectificado en aquellas partes en que él tampoco estaba de acuerdo. Pero Cárdenas ya no le habló a Calles: saltó y lo atacó, y entonces se formaron los bandos.

El general Calles todavía tenía mucho poder. Esa noche de junio, cuando él iba a partir, estuvimos nosotros, sus amigos, en Cuernavaca, en la residencia del general Calles. Y estaban allí los hombres que tenían la mayoría de la Cámara de Diputados, los hombres que tenían la mayoría de la Cámara de Senadores, doce o trece gobernadores, muchos líderes agraristas, líderes obreros, y muchos jefes del ejército. Y había también quien le quería picar el amor propio a Calles diciéndole: "No se deje usted, vamos a destituir a Cárdenas". Y el general Calles dijo: "No. Yo no soy Victoriano Huerta. Yo no haré ningún movimiento, porque no tengo ninguna bandera. Esto es un asunto personal y político". Y tal vez leería usted en un discurso mío,¹³ que cité lo que les dijo Calles a los jefes militares que fueron a consultarle. Les dijo el general Calles: "Ustedes como soldados deben mantenerse al margen de este conflicto, que es puramente político, y cumplan con su deber: sostengan las instituciones y respalden al presidente de la República".
JW: ¿Cree que las declaraciones de Calles tenían el propósito de instruir a Cárdenas, como lo había prometido el sábado anterior?

LLL: No de instruir a Cárdenas, sino de poner un coto a las acciones demagógicas de los líderes obreros y de los líderes agraristas, a los excesos, a las huelgas locas. Porque estaban produciéndose huelgas sin llevar a cabo los trámites legales, y la todos los apoyaba el gobierno!

JW: Estas declaraciones de Calles, ¿fueron hechas porque Cárdenas le había pedido ayuda a Calles?

LLL: Para que orientara a obreros y campesinos: a los líderes. Pero en lugar de decirle: "No me gustó la orientación; vamos a discutirla", o reformamos sus declaraciones, contestó con unas declaraciones en contra de Calles.

JW: Ezequiel Padilla nos ha dicho que él estuvo presente en esa junta, y afirmó que él podía recordar todas las declaraciones de Calles, exactamente como las había hecho. Que salió en un coche con ocho senadores para la ciudad de México, y que llevaba las instrucciones de Calles de redactar la entrevista. Nos contó que lo habían discutido en el camino y que repitió las declaraciones de Calles casi palabra por palabra, según los otros senadores

¹³ Discurso pronunciado por el senador Ing. Luis L. León, en la ceremonia luctuosa para conmemorar el XIX Aniversario de la muerte del señor general Plutarco Elías Calles. La ceremonia se efectuó en el Monumento a la Revolución el día 19 de octubre de 1964.

que lo habían acompañado. También nos dijo que esa noche estuvo redactando la entrevista en la ciudad de México, y que regresó a Cuernavaca, entregando las declaraciones a Calles; que Calles las leyó y le dijo: "Perfecto. No le falta ni le sobra una coma a esas declaraciones".

Padilla también nos señaló que le había dicho a Calles que con estas declaraciones vendría el rompimiento con Cárdenas. Calles le respondió a Padilla: "Pues en 'El Tambor' hemos estado horas hablado con Cárdenas de este tema y él se convenció allí, pero hizo lo contrario al regresar a México. Entonces no tengo más remedio".¹⁴ Y así se publicaron las declaraciones, según Padilla, y él cree que Calles fue el culpable de que esas declaraciones duras se publicaran. Pero usted sostiene que Calles no corrigió esas declaraciones.

LLL: No las corrigió. Yo sé por Calles que no las corrigió; él autorizó a Padilla para que hiciera las declaraciones. El director de *El Nacional* —que me había sucedido en la dirección de ese periódico— Froylán Manjarrez, recogió las declaraciones y fue con Cárdenas y no las publicó; las publicaron los otros periódicos. Allí empezó la guerra sorda alrededor de Cárdenas, para inducirlo a que se le echara encima a Calles, diciendo que Calles quería atropellar su autoridad. El general Calles estaba deseoso de abandonar completamente la política; quería salir del país, y eran los políticos los que lo metían otra vez, los que le decían: "No se vaya usted general. Si usted se va, va a haber desorden. Usted todavía se les puede imponer a los generales, a las gentes que pueden provocar aquí dificultades. Es usted una autoridad moral que debe imponerse". Pero el general Calles ya estaba muy cansado. Ésa es la verdad.

JW: ¿Enfermo?

LLL: No.

JW: ¿No tenía muchos problemas con su salud en esos años?

LLL: Aún no tenía muchos problemas. Tuvo problemas con la vesícula y lo habían operado, y quedó bien.

JW: Mientras estamos aquí hablando de la política de esos años, tal vez podamos volver a 1928 y 1929, con el objeto de entender este episodio entre Calles y Cárdenas.

Al salir Calles del poder y crear el Partido Nacional Revolucionario, dijo que quería mantenerse fuera del poder; no quería ser "el poder detrás del trono". ¿Puede explicarnos qué pasó en esos años, entre 1928 y 1934, cuando hubo tres presidentes y se hablaba de presidentes "peleles" y del poder del "Jefe Máximo"?

¹⁴ Cfr. nuestras entrevistas con Ezequiel Padilla.